

CONVERSACIONES CON
DON ARTURO ALESSANDRI



94

94

EDITORIAL ERELLA

32(83)
A371d
1934

X
F

**CONVERSACIONES CON
DON ARTURO ALESSANDRI**

ANOTACIONES PARA UNA
BIOGRAFIA, RECOGIDAS
POR
ARMANDO DONOSO



94

BIBLIOTECA ERCILLA
XXXIV
SANTIAGO DE CHILE
1934

PRELIMINAR

Inicia este volumen de Conversaciones una serie de obras que se irán publicando poco a poco, todas ellas relativas a la vida y a los hechos de los últimos cincuenta años de la vida nacional. La historia personal, como testimonio indirecto de la historia de Chile, recogida de las palabras de quienes actuaron como testigos de sus hechos más notorios, tiene el agrado sabroso de la intimidad, de esa intimidad con la que nos ha comenzado a familiarizar el gusto por la biografía romancesca.

Las "Conversaciones" que figuran en este volumen, como las que integrarán las que han de seguir, fueron escritas por especial solicitud de algunas de nuestras revistas, y ahora han sido completadas con nuevas páginas que contribuyen a renovar el interés de su actualidad.

Biografía viva, escrita al azar de la eventualidad que tiene toda crónica periodística, contribuye, acaso, a acumular antecedentes para el juicio que luego haya de formularse sobre los hechos y los hombres que han tenido una actuación sobresaliente en los últimos años.

La historia tal vez podrá utilizar más tarde, con inmediato provecho, todo lo que en estas "Conversaciones" significa el testimonio de cuanto ha podido preocupar e interesar a nuestros contemporáneos.

EL AUTOR.

Nada tan difícil como escribir la biografía de un gobernante, si ese mandatario se ha visto traído y llevado por las apasionadas controversias de sus compatriotas. ¿Quién hubiera pretendido juzgar a Balmaceda, como lo han hecho Salas Edwards o Valdés Cange, antes de haber transcurrido muchos años, tantos como exige la depuradora criba de la historia?

Estas conversaciones constituyen un simple aporte de noticias para futuros trabajos sobre la historia nacional. Su autor pudo reunir las tras muchas pláticas con don Arturo Alessandri y a medida que sus horas de distracción le dejaban ratos oportunos para el interrogatorio estrictamente documental.

En estos apuntes aparece su vida, pero más que el hecho de su vida en sí, el de su vida vinculada a la acción y reacción de los juicios de sus contemporáneos, sin otro acopio de documentos que cuantos emanan del propio recuerdo, ni más ni menos que como Perú de Lacroix quiso retratar a Bolívar o el caballero Boswell al crítico Johnson, establecida la distancia necesaria entre aquellos próceres de la espada y de la cultura con este gobernante demasiado actual.

Don Arturo Alessandri, accediendo a nuestros deseos (1), ha comenzado a recordar los ya lejanos días de su juventud. Nos cuenta de su padre, de su familia, de su vago primer despertar a la pubertad.

Cuando nosotros le hablamos de su padre y de su abuelo, él nos dice:

—Mi abuelo fué primeramente cónsul de Italia en Chile y, andando el tiempo, el primer Ministro y Enviado Plenipotenciario del Rey de Italia ante el Gobierno chileno.

Recordamos que, en efecto, don Pedro Alessandri ocupó ese alto cargo, que le valió señaladas distinciones. El firmó con don Manuel Montt, a nombre de S. M. el Rey Víctor Manuel II, el año 56, el Tratado de Paz, Amistad y Comercio entre Italia y Chile. Por este servicio el Rey le condecoró con la orden de S. S. Mauricio y Lázaro, condecoración que le envió Cavour, en circunstancias que era el canciller del Reino. En el autógrafo que conserva el Presidente se ve el facsimil de la condecoración otorgada y el discurso pronunciado ante don Manuel Montt al recibir las credenciales que lo acreditaban en su alto cargo.

En vieja vitela, que denuncia el color y la ajadura de los años, podemos admirar el escudo de armas de la familia Alessandri, en cuyo campo se destaca un león con sugestiva banda.

Por la línea materna cuenta el Presidente a un abuelo que ilustró las aulas y los estrados de la Corte Su-

(1) Diciembre de 1921.

prema, que presidió un tiempo, después de haber sido decano de la Facultad de Leyes, secretario de la Cámara de Diputados y amigo de buena intimidad con don Manuel Montt.

Antes que don Arturo comience a recordar sus memorias juveniles, su hermano, don José Pedro, le advierte sonriendo:

—Hay un acontecimiento en tu vida que debes recordar, aunque tú fuiste testigo mudo e inconsciente aun por razón de que acababas de llegar a la vida. Cuando se te iba a bautizar, como estábamos en el campo, mi madre colocó la botella que contenía el agua bendita en un baño de agua tibia, a fin de evitarte un posible constipado. Y cuál no sería la sorpresa molesta para todos los circunstantes, al advertir que la botella se rompía y no había otra forma de bautizarte, sino valiéndose de la mitad de aquella agua bendita y de la otra mitad de agua laica.

Los que se encuentran presentes rien al escuchar esta anécdota oportuna y amable, que don José Pedro recuerda con bondadosa paternidad.

—Mi padre, — nos dice el Presidente, — era un hombre de empresa, esforzado y trabajador. Dejó una gran fortuna que, desgraciadamente, se perdió por la mala administración de un pariente. Mi padre, como hijo único, había sido educado con rango de hombre rico. Cuando se encontró pobre y deseaba contraer matrimonio con la que fué mi madre, se vió en la necesidad de buscarse directamente la vida, formándose un porvenir por sí mismo. Fué entonces cuando se le propuso el arrendamiento de una hacienda en Longaví, en el departamento de Linares, que entonces pertenecía al de Maule.

No contaba mi padre con ningún conocimiento especial respecto a agricultura porque, como le he dicho, había sido criado y educado para hijo de millonario; y, sin embargo, a pesar de esta educación, urgido por las necesidades de la vida y con la corteza de un gran ca-

rácter, se resolvió a emprender viaje por tierra desde Santiago, porque por aquellos años no había ferrocarril. Contrajo por ese entonces matrimonio con mi señora madre y se encerró a trabajar en la Quinta, entregado por entero a la vida del campo.

—¿Hace poco visitó usted la casa donde nació?

—A principios del año 1921 visité aquel fundo donde se encuentra todavía en pie alguna parte de la modestísima casa donde vivieron mis padres y donde yo nací; y, realmente, experimenté una profunda emoción al reproducir en mi espíritu la imagen de las horas de tanto esfuerzo y sacrificio que debió costar a mis padres la vida y el trabajo en aquellas soledades, distantes muchos kilómetros de toda población y que por aquel entonces debería ser un inmenso desamparo. A algunas leguas de esa casa modestísima, que está ahora a medio destruir; y en donde vive un pobre y viejo inquilino del fundo, se destaca un inmenso palacio, en donde viven los actuales propietarios, las señoras Urrutia Ross. El ferrocarril, el progreso y la civilización, que crecen a pasos agigantados, han hecho de aquella región un sitio lleno de atractivos y comodidades; pero, la naturaleza se encarga de mostrarnos cuánta soledad y tristeza pudo haber en aquellos campos inmensamente apartados del resto del país, cuando mis padres luchaban cruelmente con la vida, a fin de darme la educación y el bienestar de que hoy disfruto.

—¿Cree usted que su padre fué un buen agricultor?

—Mi padre, que, como le he dicho, carecía de las nociones más elementales de agricultura, cuando fué a buscar la vida en aquellas apartadas regiones, se dedicó a sus labores campesinas con tenacidad inquebrantable, con perseverancia, con espíritu de observación y estudio, y, al poco tiempo, ocupaba un rango prominente entre todos los agricultores de la comarca, siendo consultado por la facilidad con que había adquirido conocimientos de ese ramo y por su espíritu de progreso y

adelanto. Con uno de los vecinos de Longaví, don Hermógenes Urbistondo, fué mi padre uno de los primeros que trajeron máquinas trilladoras, sistema Russell, movida con un malacate de bueyes, lo que para aquellos años fué una novedad inmensa, una verdadera revolución para la agricultura nacional, que empleaba simplemente el sistema primitivo de la trilla con yeguas. Los esfuerzos y sacrificios necesarios para transportar en carretas y arrastradas por bueyes aquellas máquinas desde Rancagua, hasta donde alcanzaba solamente la línea férrea, a Longaví, fueron inmensos y fué un verdadero prodigio conseguir que, a través de tantos kilómetros de caminos detestables, salvando ríos y pantanos, llegaran aquellas máquinas en estado de servir. Como las instrucciones de los vendedores no eran precisas, resultó que, al implantar el malacate, en la tierra, que debía ser arrastrado por bueyes, para mover la trilladora, a nadie se le ocurrió que debía ser afirmado en tierra con fuertes sostenes, y esa omisión dió por resultado que, en lugar de imprimir el movimiento necesario a la trilladora, salieron los bueyes con el aparato a la rastra, y estuvo a punto de perderse el dinero y todos los esfuerzos y sacrificios que representaba esa maquinaria, en aquella época en ese sitio. Esta circunstancia hace reflexionar en lo que es el progreso humano: las cosas que aparecen más simples y triviales para nosotros, porque el progreso humano les ha dado tal carácter a fuerza de repetirse, representan siempre el resultado constante y perseverante de infinitos errores corregidos por una reiterada e interminable experiencia. Salvado el error del primer momento, se adoptaron las medidas del caso; se aseguró el espléndido y brillante funcionamiento de la trilladora; tué un ejemplo para los agricultores que fueron a ver su manejo y labor, desde diversos puntos del país; dió a mi padre un espléndido resultado, y, después de haber trillado en diversas cosechas hasta 52 mil fanegas de trigo, encontrándose la

máquina en perfecto estado de conservación, merced a su cuidado, pudo venderla a más subido precio que el de su costo, para reemplazarla por otra de sistema más perfeccionado y moderno.

—¿Cuánto tiempo estuvo su familia en Longavi?

—Mi padre trabajó durante diez o doce años, en el fundo de Longavi, y allí nací yo. Mis hermanos mayores, mi hermano José Pedro y una hermana mujer, que murió, habían nacido en Santiago. Después de diez o doce años, cuando ya mi padre había logrado formarse una situación holgada con su trabajo perseverante y con las economías y privaciones de una vida de esfuerzo y de sacrificio, quiso trasladar sus labores agrícolas a un punto más cercano a la capital, porque mi abuelo materno, don José Gabriel Palma, que estaba jubilado de sus tareas de Ministro de la Corte Suprema, se encontraba muy anciano y mi madre deseaba estar cerca de él o en aptitud de llegar pronto, caso de una enfermedad o accidente que pudiera hacer peligrar su vida. Con este motivo, por el año 72 o 73, mi padre se resolvió a comprar un fundo denominado "San Pedro", a tres leguas de la ciudad de Curicó, y emigró esta provincia, porque por aquellos años era esa ciudad de Curicó el término del ferrocarril central, que hoy llega hasta Puerto Montt; y así se realizaba el deseo de mi madre de poder acudir en cualquier momento al lado de su anciano padre en caso de enfermedad o accidente. Se hicieron muchos comentarios por los vecinos de la localidad porque se creía que mi padre había comprado una propiedad muy mala; pero, a poco andar, con admiración de todos, resultó que debido a los métodos de cultivo empleados por el espíritu progresista y esforzado de mi padre, pasó luego aquella propiedad a convertirse en la que producía mayor rendimiento en la localidad, y sirvió de modelo a los vecinos por lo que respecta al empleo de abonos y forma de cultivos.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Yo llegué a aquella propiedad de mi padre, donde vivía permanentemente, cuando tenía cuatro años y medio, y viví allí hasta la edad de diez años, en que fui mandado de interno al Colegio de los Padres Franceses de Santiago, volviendo siempre durante las vacaciones a aquella propiedad, donde mi padre permanecía a firme, porque diferentemente a lo que hacen muchos agricultores, mi padre sostenía que el cultivo agrícola necesitaba la asistencia permanente y cotidiana del propietario, que era un trabajo que resultaba sólo mediante esa atención perseverante y el ahorro escrupuloso en los gastos y en los trabajos. Su vida entera la dedicó exclusivamente a estudiar, a cultivar su espíritu, a perfeccionar sus trabajos con los métodos más científicos y adelantados, y a proporcionarse los fondos más necesarios para educar a sus hijos en la forma más perfecta posible, por cuanto aquello consistió para él el objetivo más definido y más deseado de su vida. Recuerdo perfectamente cuánto sufrían él y mi madre cada vez que, terminadas las vacaciones, traía a mi hermano mayor y a mí para entregarnos al cuidado de los Padres Franceses, en el internado que aquí tienen; pero, esclavo del deber, sacrificaba ante él sus afectos e inculcaba con el ejemplo y con la palabra, momento a momento, en el espíritu de sus hijos, la necesidad religiosa que todos los hombres tienen para rendir tributo de esfuerzo y sacrificio ante el altar del deber. Esas escenas de la casa de campo donde pasaron mis primeros años, las venidas al colegio, como las lágrimas de mis padres, como su ejemplo de virtud y nobleza, serán enseñanzas de cada instante y de cada minuto. Cómo vibran todavía en mi espíritu, cómo me han acompañado a través de toda mi existencia. Los siento tan cerca de mí como si todavía estuvieran respirando aquella atmósfera de ternura, de virtud, de respeto a todo lo que hay de noble y grande en la vida y de religioso culto por el cumplimiento del deber.

Mientras el Presidente hace un año en sus recuerdos, advertimos, pendiente de uno de los muros del saloncito de la Moneda, un curioso retrato juvenil del Presidente, rodeado de hermosas medallas. Cuando él advierte que observamos el cuadro, nos dice:

—Esa es uno de los pocos retratos de juventud que conservo. Las medallas que lo rodean son todos mis premios de colegio, que le regalé a mi madre. Pero esa medalla blanca de arriba, tiene una anécdota curiosa.

En efecto, en el círculo de medallas de oro aparece una de plata, que corona el óvalo.

—Esa, — prosigue don Arturo, — es un segundo premio: el primero me lo quitó Armando Quezada, que sabía mucho más que yo y era más estudioso. Yo era más bullicioso que él.

Ante nosotros está el cuadro que contiene las hermosas medallas, que dan crédito del aprovechamiento del alumno de otros días, cuando a pesar de ser el más bullicioso, pudo ser uno de los alumnos más brillantes y aprovechados.

—¿Es cierto que usted sacaba todos los premios en su curso?

—Sí, es efectivo que me sacaba todos los premios en el colegio y los únicos que no obtuve fueron los de conducta.

Recuerda, sonriendo, cómo su indisciplina le mereció de los padres severas amonestaciones, pues fué un rebelde que se gozó siempre burlando las órdenes superiores.

—¿A quiénes recuerda entre sus superiores?

—Había muchachos de mucho talento: Víctor y Guillermo Caro Tagle, el primero, ingeniero muy distinguido, profesor de la Universidad; Carlos Esteban Gazmuri, Eleazar Lezaeta; en otro curso inferior estaban Luis Aldunate Echeverría; en uno superior al mío, el hoy obispo Antonio Castro, y el obispo de La Sere-

na don Carlos Silva Cotapos, y muchos otros que han muerto o desaparecido en la corriente de la vida.

—¿Pasó un tiempo agradable en el colegio?

—Yo conservo los más gratos recuerdos de mi estada en el colegio. La moralidad y la disciplina del establecimiento en toda su extensión, eran irreprochables. También puedo asegurar que la enseñanza de las Ciencias Físicas y Naturales, como de la Cosmografía, la Física, la Química, la Geografía, había alcanzado un alto grado de adelanto y de perfeccionamiento por aquellos años. Se enseñaban experimentalmente, y con gabinetes muy completos. En aquellos años era incuestionable que éstos eran los mejores gabinetes que había en establecimientos educacionales, y las nociones elementales de estos ramos, que yo recibí en el colegio, fueron tan sólidas y definitivas, que me han acompañado durante toda mi vida y podría sin dificultad dar examen en cualquier momento sin necesidad de mucho estudio y sin temor de ser reprobado. La forma experimental de esa enseñanza produjo honda impresión en mi espíritu y me sirvió de orientación para la formación definitiva de mi mentalidad después que salí del colegio. En cambio, la enseñanza de la historia y de la gramática castellana era en mi tiempo imperfecta y deficiente. Los exámenes se rendían todos ante comisiones universitarias y la mayor satisfacción de mi vida consistía en ver el placer infinito que le proporcionaba a mi padre cuando le llevaba los votos de distinción que generalmente me otorgaron esas comisiones. Debo declararle con entera franqueza que todos sentíamos a veces inclinación a la pereza, instinto que yo vencía en el colegio con energía y carácter, no por ambición o por estímulo personal, sino exclusivamente pensando siempre, cuando la pereza u otros malos pensamientos me asaltaban, en la felicidad que iba a proporcionar a mi padre cuando le llevara algún premio o votos de distinción, o en el dolor que le ocasionaría con

lo contrario. Esto que me pasaba a mi me ha servido de norma para orientar la educación de mis hijos.

—¿Por qué razón no colocó a sus hijos en los Padres Franceses?

—Se han educado todos ellos, todos, los seis hombres, en el Instituto Nacional. No conservo del colegio de los Padres Franceses un mal recuerdo, como ya se lo he dicho, sino que después de estudiar con mucha conciencia el problema educativo de mis hijos, y de haber recogido todas las informaciones del caso, me formé el concepto de que ningún establecimiento educacional ha alcanzado el grado de adelanto del Instituto, y encontré que ese era el establecimiento más adecuado para imprimirles a mis hijos el rumbo educacional que yo deseaba. No me equivoqué en mis previsiones, porque no hay palabras bastantes de gratitud con las cuales yo pueda sintetizar lo que siento por la dirección y por el profesorado del Instituto, que ha formado a mis hijos y sobre cuyas condiciones no me corresponde a mí emitir juicio.

Don Arturo Alessandri ha dejado un día la canicula de la ciudad para ausentarse a San Antonio. Aca-so el aire reconfortante del mar, el distraído andar de algunas horas o ese generoso optimismo que en su ánimo importa una resurrección cada mañana, nos le muestran animoso y jovial. No advertimos en su entrecejo la huella de la preocupación que domina e impacienta hasta la violencia. Indiferente y hasta jovial, discurre en amable plática con don Héctor Arancibia Laso, discutiendo sobre libros y cosas retrospectivas, que son del dominio de la historia. Después de recordar a don Pedro Montt, cuyo temperamento razonador y analítico explica con justa penetración, habla, tal vez por antítesis, de Bolívar, cuyo volumen de cartas llevamos bajo el brazo. Le place al Presidente evocar la magna figura del Libertador, que tuvo la visión futura del porvenir de este continente. Con cuánto cariño y con qué acopio de noticias recuerda los nuevos aspectos de la crítica histórica, que en Mancini y en Villanueva tiene el carácter de una resurrección para Bolívar. No escatima su admiración por aquella figura epopéyica, que tenía la visión genial de los grandes gobernantes, ora cuando hiciera el juramento del Monte Aventino, junto a su maestro, aquel peregrino don Simón Rodríguez, o ya cuando concebía la formación del Imperio de los Andes.

Para reanudar la plática evocadora de la juventud le preguntamos:

—Cuándo llegó usted a la Universidad, ¿contaba con alguna notoriedad o prestigio estudiantil?

—Llegué a la Universidad a cursar leyes, siendo

uno de tantos estudiantes anónimos y tal vez con la prevención natural que en aquellos años se sentía por los alumnos que venían de colegios particulares, y fué muy grato para mí contar luego con la confianza de mis profesores y con la de mis compañeros; porque si fué satisfactorio para mí obtener los premios de leyes, lo fué más por el hecho de que todos ellos se me adjudicaron por mis compañeros en votaciones de las clases.

—Durante el tiempo en que usted estudiaba leyes, ¿no se dedicó a otras actividades?

—Sí; se abrió un concurso en la Biblioteca Nacional para el nombramiento de un empleado supernumerario; me presenté a él y obtuve el puesto, que yo buscaba, no por el sueldo, que no lo necesitaba, porque todavía mi padre estaba vivo, sino para obtener un vasto campo donde estudiar y formarse una situación sólida de conocimientos. Tan arraigada tenía esta idea en mi alma de muchacho de que yo estaba allí sólo para estudiar y no para cumplir las obligaciones anexas al empleo, que reprendido por mi jefe de sección, un viejo español muy bueno y muy simpático, espiritista y muy mal humorado, por no haber terminado una tarea de papeletas para un catálogo que me había dado, me reprendió severamente y, con la misma ruda costumbre del colegio, de no poder aguantar jamás el imperio de otra voluntad sobre la mía, le solté a aquel pobre anciano una andanada de improperios de que no he dejado de arrepentirme lo bastante todavía, y le manifesté que si se estaba imaginando que yo estaba allí para escribir papeletas, cuando mi misión era estudiar y que el país me tenía ahí para eso. Comprendo ahora y lo comprendí muy bien después que mi doctrina administrativa no era justificada; pero se sustentan tantas ideas falsas por los jóvenes y yo no pasaba de ser entonces más que un niño. Llevando el caso en apelación ante don Luis Montt, hermano mayor de don Pedro, y que era entonces el Director de la Biblioteca, con un espíritu de be-

nevolencia piadosa, que le era característica, me dió un pequeño tirón de orejas, una palmada sonora en la cara y me despidió, fallando así el pleito a satisfacción de ambos contendientes. El jefe de sección tomó aquello como un castigo y yo como una autorización para seguir haciendo lo que hasta entonces había hecho, es decir leer y leer todo el santo día sin importarme un ardite las papeletas, ni el catálogo, ni el jefe que me regañaba y debía interpretar bien el sentir de don Luis Montt, a quien recuerdo con cariño, porque fui reprendido muchas veces más por mi anciano jefe quien, después de cada reprimenda, recalaba en la sala del señor Director, sin que yo fuese llamado allí en ninguna otra ocasión.

—¿Permaneció muchos años en la Biblioteca?

—No; después de dos años de desempeñar este puesto, se abrió un concurso para proveer el de bibliotecario en la librería del Congreso Nacional. Me presenté entre los 25 o 30 candidatos y nos disputamos el puesto en el certamen que se abrió al efecto con mi querido amigo Luis Orrégo Luco. La Comisión de Policía de la Cámara de Diputados y del Senado debió resolver el asunto y yo triunfé por un voto, que fué el de don Vicente Reyes.

—¿Estudió con el mismo abinco durante ese tiempo que desempeñó este empleo?

—En verdad, trabajé en la Biblioteca del Congreso un poco más que en la Nacional, porque sentía el peso único de la responsabilidad sobre mí, y, en la realidad, puede decirse que me correspondió a mi la formación de esa Biblioteca, que era muy incipiente cuando yo me hice cargo de ella. Se había nombrado para fiscalizar los actos del bibliotecario, por la Comisión de Po...a de la Cámara, al entonces diputado por Petorca, don Pedro Montt, que me distinguió siempre con pruebas reiteradas y distinguidas de afecto que, desgraciadamente,

no guardaron armonía con nuestras relaciones cuando fué Presidente de la República.

—¿No recuerda alguna anécdota curiosa de este período de su vida de empleado?

Cavila un instante el Presidente, se sonríe luego con maliciosa intención, y nos responde:

—Sí; recuerdo una, que no deja de ser interesante, y que, acaso, tuvo repercusión en mi última campaña electoral. Don Agustín Ross, que era senador por la provincia de Coquimbo después de la revolución del 91, llegó un día a pedirme un libro, con un tono áspero, tan desusado como imperativo, como quien manda a un subordinado suyo. No le facilité el libro y le contesté con la misma aspereza gastada por él. Supe luego que, como a insinuación del anciano jefe de la Biblioteca Nacional que denunciaba mis insubordinaciones a don Luis Montt, don Agustín Ross me había acusado a don Pedro Montt, quien no dió mayor importancia al incidente. Pero el año pasado, un amigo mío que me defendía de cargos amargos que formulaba en contra mía don Agustín Ross, pudo imponerse de que, entre otras razones, este caballero estimaba que no podía ser Presidente de Chile el empleado insolente de la Biblioteca del Congreso que en una ocasión, y en vez de facilitarle un libro, que él necesitaba con urgencia, le había propinado palabras descorteses y poco cultas. Si hubiera podido mirar en el porvenir, tenga usted la seguridad de que había podido dominar mi natural impaciencia ante una palabra áspera, a fin de no haber perdido el importante concurso de don Agustín Ross en la ardua y reñida campaña electoral.

—¿Hasta cuándo estuvo en ese empleo?

—Lo conservé hasta el año 93 para renunciarlo el mismo día que obtenía mi título de abogado y desde el cual debía dedicarme a la vida libre, pues solamente he tenido estos dos destinos públicos y el que actualmente desempeño.

—¿Tenía muchos medios de vida cuando renunció ese cargo?

—Tenía simplemente mi profesión, mucha voluntad y resolución inquebrantable de abrirme camino en la vida y una novia para casarme, lo que así hice pocos meses después de obtener mi título de abogado y sin otros recursos que mis expectativas profesionales.

—¿Quién lo reemplazó en la Biblioteca del Congreso?

—Era mi ayudante mi querido y buen amigo Adolfo Labatut. Yo trabajé mucho para que él se quedara con el puesto: lo conseguí, y si la vida ha tenido tantos vaivenes, agitaciones y cambios de rumbos para mí, en cambio él continúa pacíficamente en su puesto, ilustrándose siempre, y prestando el concurso de su inagotable buena voluntad cuando algún amigo o algún congresal llega por casualidad al retiro de esa biblioteca, que es una de las mejores y más completas de Sud América.

—¿Tenía usted alguna base profesional cuando se retiró de ese puesto?

—No tenía nada, absolutamente nada. Mi padre había muerto y no contaba con el amparo de ninguna persona ni institución. Fiaba solamente en mi buena voluntad, en mi energía y en mi esfuerzo. Recogí los papeles de mi abuelo, en donde había antecedentes emanados del Rey Victor Manuel II y Camilo Cavour, y, con ellos a cuestas, recorrí todos los negocios del comercio italiano para pedirles trabajo profesional, invocando los precedentes de mi ascendencia. El recurso me dió resultado y al cabo de tres meses de tener un título, mi estudio de abogado tenía tanto movimiento como el de otros de muchos más años de profesión: desde entonces no he tenido más recursos que los de mi profesión para vivir y educar a mi familia, previniéndole que jamás en mi vida he recibido un solo cen-

tavo que no provenga de juicios ventilados ante los Tribunales de Justicia y a la luz del día.

Don Arturo Alessandri nos dice estas palabras con esa persuasión del hombre que se debe a su propio esfuerzo, del perfecto "self made man", en el cual veía Emerson el arquetipo de la superioridad moral en el esfuerzo.

Prosiguiendo el hilo de sus recuerdos ante una pregunta que le hacemos sobre los orígenes de sus simpatías y adhesión a don Federico Errázuriz, don Arturo nos refiere que data de los buenos años en que se anunciaba ya la campaña presidencial para suceder a don Jorge Montt en la primera magistratura. Su padre trabajaba el fundo San Pedro del Romeral casi vecino a la riquísima propiedad del padre de don Fernando Lazcano, El Huaico. Por uno de esos ascendientes que crea la buena camaradería y la dignidad del trabajo, había llegado a ser muy amigo y una especie de consejero agrícola, de toda la confianza de don Fernando Lazcano, con quien cultivaba una de esas amistades que no quebrantan los años ni las vicisitudes de la vida. Fué por ese entonces cuando las agitaciones políticas comenzaron a diseñarse acentuadamente y de las cuales había de nacer la candidatura de don Federico Errázuriz Echaurren.

—En casa de don Fernando Lazcano,—nos dice Alessandri, —conoci a don Federico Errázuriz, con quien tuve ocasión de conversar frecuentemente, logrando penetrar poco a poco en su alma de patriota y de gran gobernante. Yo admiraba en él su noble tradición familiar, su prestigio, su generosidad, sus convicciones, su amor por el liberalismo, que había heredado de su padre, creador y mantenedor de la primera grande alianza de los liberales en el país.

En esas circunstancias llegó la campaña presidencial. Admiraba yo a los dos candidatos, reconociendo en don Vicente Reyes sus grandes merecimientos y su

austeridad política, pero me atraían con todas las fuerzas de mis convicciones, la juventud, la actividad y la penetrante inteligencia de don Federico Errázuriz, sus claros antecedentes liberales que le habían valido para llegar al Congreso en brazos de las fuerzas políticas de la Alianza.

En realidad, don Federico fué combatido por los estados mayores liberales y radicales antes que por el grueso de las opiniones que representaban estos partidos. Y vea Ud. como la historia se repite. Le pasó a don Federico Errázuriz algo análogo de lo que me ha sucedido a mí con una fracción del liberalismo.

Por lo demás, a esos elementos de los partidos liberal y radical se sumaban las fuerzas de los liberales democráticos, que no le perdonaban a don Federico su participación en la revolución del 91.

Los resultados de las convenciones de enero de 1896 ya son demasiado conocidos para que haya necesidad de repetirlos. Me bastará con recordarle que se creía que la Convención del Cerro Santa Lucía — que se celebró en el antiguo teatro que había en la explanada, mientras la de Reyes se verificó en el Teatro Santiago de la calle Dieciocho — a la que asistieron hombres como don Eulogio Altamirano, don Julio Zegers, don Luis Aldunate Carrera, don Pedro Montt, don José Besa, don Marcial Martínez, iría a ser muy larga y de resultados acaso imprevistos; pero, sucedió que don Federico Errázuriz fué proclamado en la primera votación, lo cual si pudo sorprender a muchos de sus organizadores y particularmente a don Pedro Montt, no hubo de extrañar a quienes como don Eduardo MacClure, don Carlos Palacios Zapata y yo conocíamos lo que había hecho don Federico en materia de trabajos políticos.

Como era natural, este resultado produjo decepciones amargas en el grupo de los viejos liberales. Se llegó a pensar en separarse de la Convención yendo a

ofrecerle su concurso a don Vicente Reyes. Recuerdo que, debido a una casual coincidencia, me tocó asistir a la entrevista que celebraron al respecto don Eulogio Altamirano con don Pedro Montt. Don Pedro veía con terror el advenimiento de la nueva candidatura, que le parecía horrorífica llegando a creer que con ella comenzaría una época de grandes calamidades para el país. Así se lo hizo presente a don Eulogio Altamirano a quien le manifestó que debía ofrecérsele el concurso de los liberales a don Vicente Reyes, en vista del fracaso de la Convención. Recuerdo con qué lógica rotunda y contundente don Pedro trataba de convencer a don Eulogio Altamirano, a quien trataba de probarle que habían sido engañados, pues la Convención había sido apócrifa, ya que algunos convencionales habían llegado a votar sin poderes y que había poderes falsificados.

No olvidaré jamás con cuanta serenidad de espíritu, con esa impassibilidad que gastaba en todos los actos de su vida y que lo había llegado a revestir de una autoridad de pontífice laico, don Eulogio Altamirano trataba de desvanecer los cerrados argumentos que le hacía don Pedro Montt, tranquilizándolo, para significarle que la asistencia a la Convención llevaba implícitamente envuelta el solemne compromiso de honor de cumplir lo que saliera de su seno; y que si pudieron existir algunas incorrecciones, no influían en el resultado. Como don Pedro Montt insistiera en que el candidato debería haber sido él, es decir, don Eulogio Altamirano y no don Federico Errázuriz, y como en esto veía una grave injusticia, aconsejaba la adhesión a la candidatura de don Vicente Reyes, lo cual habría sido la muerte de la de don Federico Errázuriz. Don Eulogio Altamirano, con la mayor solemnidad que podía darle a sus palabras, recuerdo que le respondió que aparte de todos los pareceres de orden político, tenía una razón personal para no aceptar su proposición, y era la siguiente: el Ministro de toda la administra-

ción de don Federico Errázuriz Zañartu no puede combatir ni cerrar el camino al hijo de aquel hombre por quien conserva tantos afectos en su recuerdo.

Estas palabras resuenan todavía en mis oídos como una lección no solamente para un hombre, sino que también para un pueblo, e hicieron una impresión honda en mi alma de joven y no las he de olvidar jamás sirviéndome de norma en muchas ocasiones de mi vida para comprender cómo es que las relaciones humanas, ya sean ellas de familia, de amistad, políticas o sociales, deben estar siempre presididas como supremo juez por la lealtad serena y honrada.

Con esa frase, que era una sentencia, un programa y una resolución inquebrantable, terminó la conferencia y se hizo posible en ese instante el triunfo de Errázuriz, que salvaba el más grande y definitivo escollo opuesto de su origen.

Poco después supé, por confesión de algunos partidarios de la candidatura de don Vicente Reyes, que no habían faltado algunos de entre sus amigos que se acercaran a él a pedirle que fuese a hablar con don Pedro Montt para moverle a decidirse por su causa, lo cual consideró indigno el señor Reyes, quien pensaba que un candidato a la presidencia no debía ir a solicitar adhesiones ni menos defecciones. Por cierto que esto honra la vida proba del señor Reyes, pero resulta una condición negativa en las luchas de nuestras modernas democracias.

Desde el momento de la proclamación de los dos candidatos, la lucha pareció desproporcionada: don Vicente Reyes contaba con el grueso del partido radical; con la inmensa mayoría del partido liberal; con todo el partido liberal-democrático. Ante estas fuerzas, la actitud de don Federico Errázuriz aparecía desmedrada; contaba sólo con una fracción del partido liberal, con el partido nacional que, aunque más poderoso que el de ahora, tenía fuerzas muy inferiores a las

de cualquiera de los tres grandes partidos. Se completaban esos elementos de don Federico con fuerzas dispersas de no mucha significación. Entre los liberales se contaban a don Manuel Recabarren, a don Ascanio Bascuñán Santa María, y entre los balmacedistas a don Joaquín Fernández Blanco, a don Anselmo Blanlot Holley, a don Efraín Vásquez Guarda y a algunos otros poquísimos de escasa significación.

Como ya le he dicho, la aventura de la candidatura de don Federico Errázuriz aparecía sin pies ni cabeza, siendo causa de fácil hilaridad entre los estados mayores de los tres grandes partidos organizados, y parecía algo imposible toda posibilidad de lucha, porque sólo en el caso de que los conservadores apoyaran a don Federico habría habido alguna expectativa para él; pero, esta posibilidad aparecía con el carácter de algo remoto y fantástico, porque no era creíble que los conservadores llegaran jamás a apoyar a un hombre que, durante toda su vida, había hecho ostentación de tan avanzado liberalismo como don Federico Errázuriz Echaurren y que representaba para ellos una tradición condenable, cual era la que arrancaba de la Alianza Liberal del año setenta y cuatro. Sin embargo, el obrar por reacciones negativas, se produjo una fuerte corriente en el partido conservador, no de simpatía hacia Errázuriz, sino de profundo temor contra don Vicente Reyes por sus avanzadas campañas de liberalismo en el Club de la Reforma, en "El Ferrocarril" y en su actuación parlamentaria; y también era temido de los conservadores por los elementos que lo acompañaban. Esta corriente en el seno del partido conservador, tenue y débil al principio, como todas las corrientes, tuvo que contrariar sentimientos tradicionales muy arraigados, y fué tomando cuerpo y creciendo, sostenida primeramente por don José Tocornal, por don Carlos y don Daniel Concha Subercaseaux, por don Ventura Blanco, luego por don Carlos y don Joaquín

Walker Martínez, por don Abdón Cifuentes y por todo el grueso de los conservadores tradicionalistas. Se comentaban agitadamente en los centros políticos de aquella época las sesiones del Directorio Conservador, que fueron muy violentas, agitadas y en donde hubo una escena de pugilato entre don José Tocornal y don Joaquín Walker, pero triunfó la corriente favorable a don Federico Errázuriz, y el país pudo ver con asombro y estupefacción la noticia que el partido conservador, expulsado del Gobierno por don Federico Errázuriz Zañartu, prestaba todo su contingente y entusiasmo a la campaña presidencial de don Federico Errázuriz Echaurren. Quedó de esta manera planteada la lucha entre las dos corrientes: la Alianza Liberal de un lado y la Coalición del otro. Pero, a pesar de que los conservadores apoyaban a don Federico, la lucha se le presentaba muy desigual: don Vicente Reyes, con su gran prestigio, contaba con tres grandes partidos: liberal, radical y liberal democrático, mientras que don Federico contaba con escasas fuerzas, que poco a poco se fueron incrementando para la lucha. Los conservadores cerraron sus filas lentamente en torno del candidato y don Federico supo ganarse a todos los elementos dispersos para dar al fin la batalla más formidable que registra nuestra historia política. Es indudable que influyó mucho en el éxito la actividad insospechada que desplegó don Federico, como un contraste contra la indiferencia proverbial de don Vicente Reyes, que no solicitó la cooperación de nadie, no escribió a nadie, prescindiendo de todo aquello que es indispensable en las luchas de nuestras democracias modernas.

—¿Cree usted que durante su gobierno y aun en la actualidad han sido juzgados con injusticia la personalidad y el gobierno de don Federico Errázuriz?

—Ciertamente, y va a ver usted por qué razón. De don Federico Errázuriz cabe decir que su bandera

fué su persona: representaba, con todo el ascendiente de su tradición, el nombre liberal. Usted recordará cómo la elección presidencial quedó sin definirse, entrando el Congreso a definir por una mayoría de votos. Y, a propósito, cabe recordar a este respecto una anécdota muy curiosa. Presidía el Congreso Pleno don Ramón Barros Luco, que había asistido a la Convención del Cerro y después se había mostrado algo indiferente, y de quien decían las malas lenguas que deseaba la Legación en Francia, y en estas circunstancias preguntó un senador si iban a votar los parientes, a lo cual respondió don Ramón: "La Mesa no tiene antecedentes necesarios para proporcionar noticias sobre el estado civil de los señores senadores y diputados". Esta fué una de esas genialidades, una de esas formas simplistas con que don Ramón resolvió una de las mayores dificultades políticas.

Calla un instante Alessandri, y luego nos dice:

—Pero, volvamos a nuestro propósito inicial, que es la persona y la personalidad de don Federico. Contrariamente a lo que se cree, don Federico era un hombre de bastante talento, de espíritu muy claro y astuto; gran conocedor de los hombres y del alma humana, y sabía muy bien utilizar los intereses y la pasión humanos en bien de los objetivos por él perseguidos. Se equivocan los que piensan que era un hombre inculato e ignorante, porque tenía vastos conocimientos históricos, dominaba en absoluto la literatura contemporánea y tenía una ilustración general vasta y comprensiva, adquirida en los libros y reforzada en sus respectivos viajes a Europa, en donde había sacado todo el fruto consiguiente de un espíritu de observación profundamente desarrollado. Don Federico Errázuriz tenía su prurito característico de disimular y esconder su personalidad que aparecía en él como elemento de defensa para ocultar su pensamiento y penetrar en el de los demás. Se hacía aparecer como ignorante, como

ligero hasta la frivolidad, y, sin embargo, era ilustrado, profundamente patriota, y les daba importancia capital a las grandes cuestiones de gobierno, despreocupándose de las cosas chicas. Era profundamente honrado y no transigía jamás con los que se desviaban en la administración pública de la corrección y rectitud de los procedimientos en lo que se refiere a los caudales públicos.

Su conversación era amena, sencilla y alegre, profundamente atrayente. Toda persona que hablaba con él, aunque fuera su más encarnizado adversario, no podía resistir a la atracción personal de sus simpatías y la sencillez en el vestir, en su trato, en su manera de vivir y hasta en el trato con sus relaciones sociales, produjeron cierta sorpresa en este país y fueron objetos de duras y amargas críticas, porque empezaba con él una reacción en el sentido de que la sencillez, la simplicidad de maneras, la jovialidad y la alegría no están reñidas con las pesadas cargas y las grandes responsabilidades que pesan sobre los hombres de Gobierno. Por aquellos años se reputaba esto un delito y se creía todavía que el Presidente de la República debía ser un fetiche, substraído de las miradas humanas, de todo contacto social y de todas aquellas expansiones que el hombre no puede ni debe perder, cualquiera que sea la situación que le corresponde entre sus conciudadanos.

La principal preocupación que dominó a don Federico Errázuriz durante su gobierno, con una visión de verdadero estadista, fué la de cimentar la paz de la República, como base de grandeza y prosperidad; y, fuertemente dominado por esta idea, la sirvió con un carácter indomable, afrontando los zarpazos de la impopularidad, que movían contra él sus más ardientes y apasionados enemigos, levantando una ola de popularidad en su contra y exhibiéndolo como a un enemigo de Chile, porque contrariaba la corriente de los que

querían fomentar un conflicto con la República Argentina, que no tenía ninguna finalidad y que representaba un desastre moral y material para dos pueblos que nacieron juntos a la vida independiente y que deben vivir estrecha y cordialmente unidos en el porvenir, luchando por su prestigio común y por la solidaridad americana.

Las dificultades de límites con la República Argentina alcanzaron durante aquella administración su período culminante; se suscitó el bullado asunto de la Puna de Atacama, que tomó tan graves proporciones en condiciones que llegó a creerse que la guerra se hacía inminente. Don Federico Errázuriz con singular energía midió las consecuencias desastrosas que habría traído aquella descabellada aventura: luchó, se impuso a la opinión y sometió el asunto al arbitraje del Ministro americano en la República Argentina, cuyo laudo, si no fué beneficioso para los intereses materiales de Chile porque se perdieron algunos kilómetros de territorio despoblado y árido, en cambio representó el valor inapreciable de la paz y se salvó la dignidad de la República, ya que son grandes y dignos de respeto los pueblos que se inclinan ante la majestad infinita del derecho, exteriorizada en un fallo arbitral que representa la justicia. Los derechos de Chile fueron defendidos por don Eulogio Altamirano, don Enrique Mac-Iver, don Eduardo Matte, don Julio Zegers, don Luis Pereira. Para producir el acercamiento que perseguía, con incansable tenacidad don Federico Errázuriz, se entrevistó en el Estrecho de Magallanes con el Presidente Roca, entrevista que significó el primer abrazo fraternal de dos pueblos, que comenzaban a distanciarse por una discusión sobre límites, que se hacía agria y que fomentaban los enemigos del gobierno de allende y aquende los Andes, por razones políticas, y espíritus livianos que se dejan llevar por impresio-

nes y que no pesan ni meditan las consecuencias de las doctrinas que preconizan y defienden.

—¿Recuerda algún incidente curioso o alguna anécdota de la elección de don Federico Errázuriz?

Cavila un instante el Presidente, y luego nos dice:

—No olvidaré jamás que, después de la Convención del Cerro, la enorme manifestación se dirigió hasta la casa de don Federico, situada, como usted sabe, en la esquina de Gálvez con Alameda. Desde los balcones recuerdo que pronunció un largo discurso, en esa casa que está a pocos metros de la que tanto tuve que hablar durante mi campaña presidencial.

Acompañamos a don Arturo en una de sus cotidianas excursiones por la ciudad, por la Alameda, mientras prosigue en la evocación de sus recuerdos del Gobierno de don Federico Errázuriz. Un leve esfuerzo de memoria le permite ir puntualizando las cosas, aquellos días de ayer que comienzan a borrarse en la perspectiva de nuestra historia. Sin apurar el caudal de sus recuerdos, reanuda el hilo, interrumpido el día anterior, de sus memorias, que fluyen en su conversación con toda la espontaneidad de las emociones inmediatas.

A nuestra pregunta sobre los primeros días de la administración Errázuriz Echaurren y sobre su ingreso a la política activa, él nos responde como quien lee de corrido en un libro que se tiene ante los ojos:

—Don Federico Errázuriz, que había tenido que afrontar una campaña tan dura y difícil, como ya le he dicho anteriormente, inició su administración en circunstancias mucho más difíciles, porque tenía minoría en el Congreso y quiso formarse mayoría para poder gobernar aprovechando las elecciones de 1897. Pidió su concurso a muchos de sus amigos para que lo acompañaran en la campaña: entre otros, me pidió que fuese al Congreso presentándome por Curicó como candidato, donde yo había vivido durante mi niñez y en donde vivía todavía latente el recuerdo de mi padre, que había tenido propiedades agrícolas en esa provincia, como ya se lo manifesté. La provincia de Curicó tenía entonces solamente dos departamentos: Curicó y Viechuquén. Era tenida entonces como un feudo conservador y la representaban en el Congreso don Joa-

quin Díaz Besoain, don Francisco Antonio Vidal, padre de mi distinguido amigo el actual diputado don Pancho Vidal Garcés; y don Pedro Donoso Vergara, por cuya elección se había interesado mucho mi hermano José Pedro y yo, con las relaciones que conservábamos en la provincia. Lanzada mi candidatura y, a pesar de la amistad personal y ayuda que habíamos prestado a don Pedro Donoso Vergara, nos encontramos de frente por haber militado él en las filas de la candidatura Reyes y yo en las de Errázuriz. La lucha se trabó con caracteres excepcionales de apasionamiento entre los dos diputados liberales y era creencia uniforme que, siendo tan poderosas las fuerzas del partido conservador, seguramente quedaría derrotado uno de los dos candidatos liberales, ya que se reputaba enteramente asegurada la elección de los dos conservadores, siendo candidatos de ese partido en esa elección don Joaquín Díaz Besoain y don Luis Covarrubias. Yo hice una campaña de opinión esforzada. Recorrí la provincia de un extremo a otro varias veces, hasta sus más apartados rincones, de casa en casa, hablando con todos los habitantes, sin distinción de sexos, condiciones, ni edad.

Recordamos cómo, en más de una ocasión, el senador don Héctor Arancibia Laso, ha solido recordarle al Presidente que le tiene presente cuando, por aquellos días, le vió, con su clásica manta roja, recorriendo los caminos de aquella provincia, en esa memorable campaña política.

—Don Pedro Donoso Vergara — nos dice el Presidente, — que también tenía hondas raíces y grandes simpatías, intensificó su campaña, y las elecciones de los primeros días de marzo dieron la gran sorpresa de ver triunfantes a los dos diputados liberales, con inmensa mayoría, y en forma que si se hubiera hecho una prudente división de las fuerzas entre los tres diputados liberales, habrían triunfado los tres. Quedó de-

rotado Luis Covarrubias, y don Joaquín Díaz resultó con una cuota electoral insignificante al lado de la de los diputados liberales, cambiando así la fisonomía electoral de aquella provincia, tenida hasta entonces por esencialmente conservadora.

Calla un instante interrumpido por un transeúnte que se acerca a saludarle respetuosamente. Luego prosigue:

--Yo entré ese año al Congreso, con la cuota electoral de votantes más alta de toda la República. Llegué así a las Cámaras del año 97 formando parte de un grupo de diputados llamados liberales errazuristas, entre los cuales estaba también don Ismael Tocornal, a quien reconocíamos como a nuestro jefe; don José Domingo Jaramillo, don Juan de Dios Rivera, Miguel Ángel Padilla, el doctor Daniel Rioseco y Carlos Alberto Palacios. Entre los diputados nacionales figuraban don Pedro Montt, don Máximo del Campo, don Eduardo Mac-Clure, don Arturo Besa, don Gregorio Pinochet, Miguel Urrutia y algún otro que no recuerdo. Los diputados liberales doctrinarios, que festivamente don Federico Errázuriz denominó con el nombre de carabinas recortadas, por la baja estatura de alguno de ellos, estaban representados por don Eduardo Matte, don Pedro Donoso Vergara, don Eduardo Videla, don Ismael Valdés Valdés, don Eliodoro Yáñez y Maximiliano Ibáñez. Entre los radicales se destacaban, en primera fila, don Enrique Mac-Iver, don Abraham König, don Francisco de Paula Pleiteado, Anselmo Hevia Riquelme y Carlos Toribio Robinet. Hacía sus primeras armas, con éxito brillante de orador y de hombre ilustrado, Jorge Huneeus Gana y también Eufrosino Casal. Entre los liberales democráticos de más figuración recuerdo a Julio Bañados Espinosa, Raimundo Silva Cruz, Luis Antonio Vergara y Guillermo Pinto Agüero. Entre los conservadores estaban Carlos Concha Su-

bercaseaux, Enrique Richard Fontecilla, Eulogio Díaz Sagredo, Joaquín Echenique y muchos otros.

—¿En esa Cámara tuvo mayoría don Federico Errázuriz?

—La situación para el Gobierno se presentó en forma muy difícil, porque las fuerzas estaban equilibradas y la Cámara dividida casi justamente mitad a mitad. Hacían oposición los radicales, que tenían 16 ó 17 diputados; los liberales doctrinarios con 8 ó 10, y los liberales democráticos aliancistas con un número aproximado de 25 a 26 diputados. Al Gobierno lo sostenían los conservadores, el escaso grupo de los nacionales y los liberales errazuristas. El fiel de la balanza era formado por los diputados demócratas, don Angel Guarello y don Artemio Gutiérrez, que tenían marcadas tendencias y simpatías por la Alianza; pero, habiendo llegado el malogrado y distinguido amigo don Malaquías Concha con poderes no muy claros y con la esperanza de que el Gobierno pudiera defender aquellos poderes; se obtuvieron los votos de los demócratas y con una mayoría insignificante de uno o dos votos, se consiguió así elegir mesa y consejeros de Estado. Fué el primer presidente de aquella Cámara don Ismael Tocornal y uno de los vicepresidentes recuerdo que fué Carlos Palacios. Como usted comprenderá, las dificultades en que se encontraba el Ministerio para sostenerse y caminar eran muy grandes, porque la mayoría era insignificante y quedaba el Gobierno a merced de la voluntad de la oposición que a cada instante podía derribarlo directamente o en forma indirecta mediante un ataque a la mesa de la Cámara.

—¿Cómo resolvió estas dificultades a fin de poder gobernar el Presidente?

—Don Federico Errázuriz, en vista de la dificultad para gobernar con una minoría tan escasa y valiéndose de su simpatía, una exquisita sagacidad y de su excepcional don de hombres, a poco andar se enten-

dió con don Enrique Salvador Sanfuentes, que era el presidente del Partido Liberal Democrático, y atrajo a este Partido a la situación de gobierno, formándose entonces un gabinete muy estable, sobre la base de los conservadores, los liberales democráticos aliancistas, los nacionales y los liberales errazuriztas. Esta combinación de Gobierno, que era sólida por su base y por su número, prometía facilitar la administración; sin embargo, no ocurrió así, porque los radicales, los liberales doctrinarios, que tenían grandes parlamentarios y eminentes oradores, se irritaron y tenían los elementos necesarios para hacer una oposición formidable y muy obstinada, que hacía muy difícil la marcha del Gobierno. Apoyado en esta nueva mayoría, se formó el Gabinete de don Carlos Walker Martínez, en el Interior; don Juan José Latorre, liberal democrático, en Relaciones Exteriores; don Carlos A. Palacios, liberal errazurizta, en Justicia e Instrucción Pública; don Rafael Sotomayor, nacional, en Hacienda; don Ventura Blanco Viel, conservador, en Guerra y Marina, y don Emilio Bello Codesido, liberal democrático, en Industria y Obras Públicas. A los seis o siete meses de encontrarse esta combinación en funciones, se produjo una desavenencia entre el Presidente de la República y el Ministro de Obras Públicas, por una cuestión administrativa relacionada con la administración de los Ferrocarriles del Estado. Esta desavenencia se convirtió en una discrepancia de opinión; fué tomando cuerpo, penetró lentamente en las filas del Partido Liberal Democrático, fué creciendo y creciendo, hasta que estalló en una crisis ministerial, que produjo como consecuencia el retiro violento del Gabinete, de los Ministros liberales democráticos, don Juan José Latorre y don Emilio Bello Codesido. El Presidente Errázuriz buscó entonces francamente y principalmente el apoyo de los liberales doctrinarios y de los radicales. Estos que, como ya se lo he dicho, estaban profundamente irritados con los

liberales democráticos por haberlos abandonado después de la campaña presidencial, le ofrecieron al Presidente de la República su concurso pasivo para cualesquier Ministerio en donde no estuvieran representados los liberales democráticos, advirtiéndole que ellos no querían ir a un Gabinete por estimarlo contrario a su programa y a sus principios el hecho de concurrir a un gobierno en donde hubiera también Ministros conservadores. El Presidente, sin embargo, no podía organizar Gabinete sin liberales democráticos, porque había mayoría en el Senado, que no aceptaba esa forma y esa mayoría se afianzaba y robustecía con los estrechos vínculos de amistad y cariño que unían a don Fernando Lazcano y a don Enrique Salvador Sanfuentes, presidente del Partido Liberal Democrático, que estaba muy irritado con el presidente en aquellos días y que invocaba todo el concurso de la amistad vieja y estrecha de su discípulo y amigo don Fernando Lazcano para que no permitiera se les excluyera del Gobierno después del sacrificio inmenso que ellos habían hecho para cooperar a la administración separándose de los que fueron sus compañeros en la enérgica lucha pro-candidatura Reyes. En esta situación, la crisis se prolongaba y todo se hacía cada día más difícil. Todos creían que las dificultades aumentarían y se hablaba de un probable embotellamiento del Presidente. El Presidente callaba y sonreía socarronamente. Una tarde del mes de diciembre del año 1898, poco antes de la comida, me encontraba yo en el Club de la Unión y llegó allí el secretario del Presidente de la República, don Alberto Vial Infante, y me dijo que éste deseaba hablar conmigo. Transmitió igual encargo a Carlos Concha Subercaseaux, y nos dirigimos juntos a la Moneda. Estábamos con el Presidente, en esta misma sala donde hablamos, llamada del Consejo, y, mostrándonos unos decretos extendidos, dijo que había resuelto nombrar al señor Concha Subercaseaux, Ministro de la Guerra,

en reemplazo de don Ventura Blanco, que pasaba a Relaciones Exteriores, y a mí en Industria y Obras Públicas en reemplazo de don Emilio Bello Codesido. Siendo yo muy joven por aquellos años y encontrándome recién incorporado a la Cámara, me encontré sorprendido ante la insinuación del Presidente; y, como era de suyo muy bromista, creí que se trataba de una de sus bromas habituales. Ante su insistencia y la de los demás Ministros, me convencí que el ofrecimiento era serio. Me excusé por razones de diverso orden y, finalmente, insistí en que yo no podía entrar al Gabinete sin la consulta y opinión de los demás amigos, aun cuando por aquellos años el Partido Liberal no estaba organizado; no existían tampoco los actuales estatutos y la consulta a los organismos directivos. El Presidente me halló razón en este punto, y me dijo que consultara especialmente a mi amigo don Fernando Lazcano y a don Ismael Tocornal; pero que me exigía una respuesta antes de las once de la noche. Salí de la Moneda un poco confundido con la inesperada y sorprendente situación que se me creaba. Me dirigí a casa del señor Lazcano, le conté mi caso, le pedí su opinión, lo vi palidecer, como si se hubiera reconcentrado en sí mismo durante un rato. No me di cuenta en ese instante y no pude imaginarme la razón de su actitud, porque, momentos después, tendiéndome afectuosamente los brazos, me dijo textualmente: "Usted sabe que yo lo aprecio como a un hijo. Ser Ministro de Estado a sus años, es un honor que no puede rehusarse porque uno es dueño de retirarse cuando quiera y no puede entrar a estos puestos cuando lo desee. Vaya, acéptele; dígame a mi cuñado Federico Errázuriz que le agradezco lo que hace con usted y que usted puede contar siempre con el afecto y con la ayuda de su amigo Fernando Lazcano". Emocionado con esta escena, me dirigí a donde don Ismael Tocornal, quien, aunque sin consultar a los amigos y sin poder reunirlos, por la premura

con que se me exigía la respuesta, me dió también su opinión favorable, en el sentido de que debiera entrar al Ministerio. Con esta respuesta y la de autorización que la Junta Ejecutiva Conservadora, dió a Carlos Concha, nos presentamos a las 11 de la noche a la misma sala del Consejo; se firmaron los decretos respectivos, y juramos, quedando parchado el Ministerio Walker Martínez con la entrada de Carlos Concha y la mía en reemplazo de don Juan José Latorre y de Emilio Bello Codesido.

—¿Cómo fué recibida la nueva combinación ministerial?

—En los círculos políticos y sociales produjo una sorpresa infinita la salida del Presidente, y se la reputó estéril, por cuanto se daba como fijo que el Ministerio caería al día siguiente en el Senado, ya que la combinación política desplazada, por nuestra presencia en el Ministerio y por la exclusión de los liberales democráticos del Gobierno, tenía mayoría formidable en el Senado. Se contaba seguro que, al presentarnos en el Senado, seríamos despedidos por un voto político de desconfianza en aquella alta Corporación. La sorpresa, sin embargo, fué grande: el Ministerio se presentó al Senado, fué bien recibido y no hubo voto político.

—¿Qué había pasado que pueda explicar esta sorpresa o este cambio insólito?

—Algo muy sencillo, que revela, una vez más, la habilidad y el profundo conocimiento que del alma humana y de los hombres tenía el Presidente Errázuriz. Lo que había ocurrido era algo muy sencillo: don Fernando Lazcano, a quien seguía incondicionalmente, un grupo de cinco o seis senadores que daba la mayoría del Senado, se encontró cohibido y desarmado para ejecutar cualquier acto de agresión en contra del Ministerio, por el afecto y el cariño que hacia mí lo ligaban. El mismo día que nos presentamos al Senado, por una coincidencia especial, sin haberlo querido yo oír,

me impuse, sin embargo, personalmente de una acalorada discusión en que varios senadores le exigían a don Fernando Lazcano que concurriera con su voto y el de sus amigos a derribar el Gabinete, en la forma en que se tenía tácitamente por convenido, y el señor Lazcano se revistió con aquella firmeza que le era característica, sosteniendo que ni en forma directa ni indirecta haría nada en contra de un Ministerio en el cual yo estaba y que me pudiera molestar. Recuerdo perfectamente bien que uno de los senadores que propiciaba el voto, le hizo presente que este Ministerio era una agresión personal a él, que se quería romper la situación política de la cual surgiría su candidatura a la Presidencia de la República, y el señor Lazcano, con una entereza que todavía vibra en mi espíritu, manifestó que la Presidencia de la República ni nada lo autorizaba para herirme y para arrojarme de un puesto al cual yo había llegado con su autorización. Jamás en mi vida tuve una emoción más fuerte, y entonces me expliqué la actitud de don Fernando, que para mí no tenía explicación en el primer momento, y quise retirarme en el acto del Gabinete para no lastimar la situación política de un hombre que tan noblemente se conducía conmigo; pero fué él mismo quien me lo impidió en forma enérgica y resuelta. La sagacidad y la astucia del Presidente Errázuriz habían triunfado: me había llamado al Gabinete porque sabía el afecto que me profesaba don Fernando Lazcano. Comprendía que no era capaz de cerrarme el camino; también que a mis años un Ministerio era una tentación bastante grande para rehusarla y giró para su defensa con estos factores, a fin de librarse del embotellamiento que le tenían decretado sus adversarios y los encarnizados enemigos de su política. Fué así cómo este Ministerio, nacido tan débil, vivió como 8 ó 9 meses, y desvinculado de todo engranaje y compromiso político, me dediqué empeñosamente a trabajar por el bien de mi país, im-

X pulsando y llevando a término obras públicas de suma trascendencia e importancia, tales como la construcción del ferrocarril de Pitrufquén a Loncoche y de Loncoche a Antilhue, que unió a Valdivia con Santiago; el ferrocarril de Temuco a Carahue; el ferrocarril de Pueblo Hundido a Pueblo de Oro; el comienzo de los trabajos del ferrocarril de La Serena a Vallenar; el embalse de las lagunas donde nace el río Huasco; la finalización de los trabajos de la laguna de Peñuelas, que dotó de agua potable a la ciudad de Valparaíso; agua potable, caminos y malecones en varias ciudades y puntos de la República; la iniciación del edificio en que actualmente funciona el Ministerio de Obras Públicas, y varias otras tareas relativas a organización y reglamentación de servicios.

—¿Cuál era la situación política por esos años, en lo que se relacionaba con las probables candidaturas presidenciales?

—Por aquella época se diseñaban ya tres candidaturas y los grupos que las sustentaban, se peleaban agriamente el dominio del Presidente de la República. Un grupo de la familia del Presidente y muchos amigos, entre los cuales me contaba yo, propiciábamos la candidatura de don Fernando Lazcano; otros la de don Germán Riesco, y otros la de don Pedro Montt, previniéndole que, aunque parezca muy raro, era esta última la que contaba con la amplia simpatía del Presidente; y parto de una base inmensa de antecedentes para afirmarme en esta opinión. Al Presidente Errázuriz, con energía sin igual y con viveza sincera, que pocas veces gastaba, le vi manifestar siempre que él condenaba ese nepotismo de que se sucedieran en la Presidencia de la República unos parientes inmediatos a otros, y, además, sentía profundo respeto por la superioridad moral de don Pedro Montt, por sus virtudes ciudadanas, y le ligaba a él una gratitud infinita por los servicios eminentes y la cooperación que le prestó

durante su Gobierno, olvidando, naturalmente, las pequeñas incidencias a que dió margen el triunfo de don Federico Errázuriz en la Convención del Cerro, contra toda la voluntad de don Pedro Montt. Mala voluntad que era perfectamente explicable, porque usted recordará que don Federico Errázuriz Zañartu fué uno de los grandes revolucionarios del decenio, en el que estuvo condenado a muerte y desterrado. Don Federico Errázuriz Echaurren durante toda su vida pública y antes de ser Presidente, mantuvo siempre un odio atávico contra el partido nacional. El fué quien le arrebató violentamente la campanilla a don Pedro Montt el famoso 7 de enero, y tuvieron que separarlos para evitar entre ambos un incidente de hecho: sin embargo, estos hombres se encontraron durante la campaña electoral de Errázuriz; se juntaron, se comprendieron y se estimaron profundamente, realizándose en el hecho un axioma que siempre oía repetir a don Pedro Montt, cual es que siempre los hombres valen más de cerca que de lejos. Este hecho que le relato, de la amistad de estos dos hombres que tan separados estuvieron durante tantos años, es una lección fecunda, que jamás deben olvidar los hombres de Estado, cual es que no vale la pena vivir separados por prejuicios, por tradiciones o informaciones de otros, y por mucho que se piense y se medite, hay que llegar siempre a la conclusión de que el odio es estéril y de que sólo el amor es fecundo. Siempre el odio es injustificado, es fuerza destructiva y sólo el afecto, el amor son fuerzas constructivas y creadoras, y es lo que los pueblos piden y exigen a sus dirigentes.

—No dejarán de causar extrañeza estas sus apreciaciones sobre don Pedro Montt, a quien usted combatió después encarnizadamente.

—No deben extrañarle estas apreciaciones, porque, contrariamente a lo que muchos pueden creer, soy enteramente desapasionado y justiciero para reconocer

los méritos de los hombres, aun cuando se trate de mis más encarnizados adversarios. Yo conocí mucho a don Pedro Montt cuando fui bibliotecario del Congreso Nacional y él, diputado por Petorca, encargado de la fiscalización de ese servicio. Me sentí ligado a él por grande estimación, y después en el Congreso, pasé muchos períodos de mi vida parlamentaria sentado a su lado. Encontraba en él a un gran patriota, gran resolución para servir a su país y amor profundo por su grandeza y prosperidad; rectitud de carácter; mucha honradez; gran espíritu de trabajo y esfuerzo; pero, contrariamente a lo que la gente cree, yo considero que don Pedro Montt no era un hombre de carácter, que impone una resolución inquebrantable de seguir por un camino determinado, sino que era un hombre caprichoso o, como los franceses dicen, *entêté*. Predominaba también en él un espíritu esencialmente analítico y se mostraba siempre refractario a la síntesis, a las orientaciones generales, circunstancia que hizo decir muchas veces en sus tradicionales genialidades a don Marcial Martínez, que era más estadístico que estadista.

Algunos amigos de su íntima confianza acompañan al Presidente en la sobremesa del mediodía. La charla rueda amable, mientras don Arturo discurre con amplia y selecta erudición sobre su formación intelectual. Recuerda sus días de juventud, sus lecturas de adolescencia, sus primeros trabajos literarios en aquel memorable Club del Progreso, de dilatada recordación; sus estudios jurídicos de estudiante incipiente, y, más tarde, su decidido gusto por las ciencias antropológicas. Cuando le recordamos que nos resulta más explicable en ese momento su hermosa presentación de Ferri, él nos relata la manera cómo inició su conocimiento de Lombroso, el creador de la antropología criminal, cuya obra vino a completar Ferri al estudiar el delito como un producto de los factores antropológicos y del medio social.

De pronto le preguntamos:

—Presidente, ¿es usted librepensador?

Y él, sin vacilar, nos responde:

—Soy un librepensador, convencido y profundamente tolerante. Sólo pido sinceridad y honradez para respetar las doctrinas y las creencias de los demás.

El señor Alessandri reconoce que el proceso ideológico de sus creencias se lo formó solo y que empezó en el Colegio de los Padres Franceses, ya en los últimos años de humanidades, porque su espíritu aplicó intuitivamente a los estudios religiosos y filosóficos el mismo método de enseñanza objetiva y positiva que se seguía para las ciencias físicas y naturales. La aplicación de este método a los estudios religiosos y filosóficos lo llevó por una evolución lenta y segura a formar

su criterio desapasionado de librepensador que lo hace reconocer y aceptar como verdad, única y exclusivamente, lo que es susceptible de una demostración científica y experimental.

Le embelesa nuevamente la charla, y alguien le dice al Presidente aludiendo a sus recuerdos anteriores:

—Muy interesantes sus impresiones y observaciones sobre don Pedro Montt.

—En las que algo falta — agregamos nosotros, recordando aquella oposición del señor Alessandri cuando era diputado.

—Sí — dice el Presidente. — Debo recordar que después que triunfó don Pedro Montt, los acontecimientos me obligaron también, junto con Alfredo Irarrázaval, Ramón Rivas y Enrique Zañartu, a hacerle una oposición tenaz y sostenida. Fiscalizamos hasta con crueldad; pero, sin pretensión alguna, puedo afirmarle que prestamos un servicio eficaz y necesario al país. Don Pedro Montt llegó a la Presidencia de la República en medio de una apoteosis, ante un pueblo que lo miraba subir arrodillándose a su paso y él era muy absorbente, excesivamente autoritario y había conveniencia evidente de que hubiera hombres que, como el esclavo romano junto a su carro de triunfo, le recordaran que era hombre y que por sobre todo y ante todo las democracias piden el respeto a la ley y la subordinación de la voluntad humana, por fuerte y elevada que sea, a la voluntad colectiva de la mayoría. Pero todos los hombres son un problema de suma y resta entre los defectos y las cualidades; esa operación deja evidentemente a favor de don Pedro Montt un saldo muy alto, y no puede negarse que fué un hombre superior, que se destacaba muy por encima del nivel medio de sus conciudadanos. Fué muy digno, y por sus méritos, por sus servicios al país y por su reconocida probidad, mereció ser Presidente de la República.

—Nos extraña que, teniendo en cuenta estas sus razones claras y firmes, usted no fuera partidario suyo.

—No debe extrañarle, mi querido amigo, porque los hombres somos juguetes de los acontecimientos: mandan ellos más que nuestra voluntad y así como la hoja lanzada al viento se mueve por impulso ajeno, así también constantemente nuestra voluntad, por muy fuerte que sea, es vencida completamente por otras fuerzas superiores que nos inclinan y nos llevan donde nosotros no quisiéramos ir. Tocó la fatalidad de que don Pedro Montt peleara, en la candidatura presidencial, frente a frente de don Fernando Lazcano. Yo era partidario de don Pedro Montt, deseaba servirle, lo creía digno de la presidencia y lo habría acompañado con todo mi empuje. Sólo un hombre al frente podía impedirme seguir esa ruta: ese hombre era don Fernando Lazcano. Surgió su candidatura y tuve que seguirlo sin omitir sacrificios ni esfuerzos, porque representaba para mí mucho afecto, mucha gratitud; hacía vibrar en mi espíritu el recuerdo, el cariño y el afecto de mi padre y aquellos impulsos de sentimiento y de corazón eran más fuertes en mí que cualquiera otra idea o consideración. Debo advertirle que jamás dos hombres estuvieron durante su vida entera más lejos y separados, más profundamente, en el orden ideológico, que don Fernando Lazcano y yo. Era él conservador y tradicionalista, en la más amplia acepción de la palabra, y en todas las orientaciones grandes o pequeñas de su vida. Era un gran caballero, tipo completo del viejo hidalgo español, con todas sus cualidades, sus rectitudes y tenacidades; pero las reformas, los cambios, la evolución eran algo inaccesible para su espíritu inmutablemente conservador y tradicionalista. Tenía para con sus amigos una lealtad que iba hasta el sacrificio y una odiosidad imborrable para con sus enemigos. Como le digo, en el terreno de las

ideas éramos dos polos enteramente opuestos. No estuvimos jamás de acuerdo; ello no obstante, mi adhesión hacia él adquiría los caracteres de un sentimiento y de una gratitud impagable y de un afecto superior a mi voluntad. En la lucha electoral pasada, por algo que era para mí perfectamente explicable, por la distancia que nos separaba a este respecto, fué el más formidable y poderoso de mis adversarios, no obstante caballero siempre e hidalgo durante la lucha. Cuando murió, en los momentos mismos en que se dirigía al Tribunal de Honor, seguramente para cruzarme el camino, con la tenacidad inquebrantable que gastaba en su obsesión por ver atacadas sus ideas con mi candidatura, no pude, sin embargo contener ante su cadáver la expresión de un profundo dolor, porque el pasado de un inmenso afecto y de una gratitud justamente debida fué superior en mi espíritu y mucho más fuerte que las amarguras de la justicia explicable de la hora presente.

Fatigado acaso con el rápido andar, que denuncia agilidad y actividades intactas en su organismo joven, el Presidente se detiene un momento, calla y luego nos dice:

—Dígame usted si quiere que le cuente algo más de aquellos años del Gobierno de don Federico Errazuriz.

Y nosotros inquirimos con curiosidad sobre los recuerdos de los conflictos internacionales del año 98, particularmente de las incidencias que estuvieron a punto de movernos a guerra con la República Argentina.

El Presidente comienza a decirnos:

—Cuando el Ministro americano dictó su laudo sobre el asunto de la Puna, formaban el Ministerio don Carlos Walker, del Interior; don Ventura Blanco, de Relaciones; don Carlos Palacios Zapata, de Justicia; don Rafael Sotomayor, de Hacienda; don Carlos Concha Subercaseaux, de Guerra y Marina, y yo de Industria y Obras Públicas. Al llegar el telegrama cifrado en que se

anunciaba el laudo, don Federico Errázuriz llamó precipitadamente a todos los Ministros para imponernos de un acontecimiento que esperábamos con natural zozobra. Todos concurrimos precipitadamente y obedeciendo al natural impulso de nuestros nervios. Sólo don Rafael Sotomayor, que se caracterizaba por una excepcional tranquilidad y aparente desinterés, no llegó a la cita porque estaba ausente de Santiago. Don Federico Errázuriz, que no perdía jamás su buen humor, aun en los momentos más difíciles de su vida, y que era un signo distintivo de su gran carácter y de su dominio sobre sí mismo, dijo una chuscada espiritual sobre la ausencia de don Rafael Sotomayor, a quien había bautizado con un apodo que, aunque cariñoso, no creo del caso repetir, porque pudiera ser interpretado mal, dejando sí constancia de que el Presidente se lo daba en tono de broma y sin que amenguara en nada el sincero y merecido afecto que tenía por el señor Sotomayor, que era una personalidad singularísima, dotada de relevantes y grandes cualidades de estadista junto a las peculiaridades de carácter que lo hacían más original dando un relieve de singularidad inconfundible a su persona. Una vez reunidos los Ministros el Presidente extendió un mapa de Chile sobre su mesa de trabajo; tomó un lápiz rojo y, dirigiéndose a mí, me dijo que, como el más joven del Gabinete, uniera en el mapa, con una línea roja los diversos puntos que él me iría indicando, mientras iba leyendo en el telegrama que tenía en sus manos y en el cual se dejaba constancia del laudo arbitral. Don Ventura Blanco, visiblemente impresionado, trémulo casi por la suerte de su país en esos momentos, abandonaba precipitadamente su asiento para ver donde ponía yo el lápiz a cada indicación del Presidente y, recuerdo todavía los furibundos pisotones que en cada viaje de su asiento a la mesa, me propinaba, presa de sus nervios y de su patriótica emoción. Parecía como si quisiera rehacer el fallo a favor del país y, después de im-



ponerse de mis trazados, reñía con don Carlos Walker, que, afable y cariñosamente, se defendía e invocaba luego mi intervención como que se me consideraba el Benjamin de la casa, a fin de que pusiera paz y concordia entre los príncipes cristianos. Las cosas no pasaban más allá de algunos rezongos de don Ventura, que eran afable y cariñosamente contestados por el señor Walker. Cuando hube terminado de marcar en el mapa las líneas que se desprendían de los puntos designados en el telegrama, el Presidente de la República, vivamente impresionado, se quedó contemplando la superficie de territorio que habíamos perdido y la que conservábamos. Visiblemente impresionado y preocupado, a pesar de su serenidad y tranquilidad, que no le vi nunca perder, aun en los momentos más difíciles, dijo: "Hemos perdido tierras, pero hemos salvado la paz y con ella el progreso y la grandeza futura de la República". Fué, realmente, aquel un instante solemne, que jamás se ha borrado de mi recuerdo. Comprendí en ese momento que siempre hay alguna razón poderosa que mueve a los hombres al triunfo y a culminar en momentos dados de la historia de los pueblos. Don Federico Errázuriz, quien en aquellos momentos sentía sobre sus espaldas el azote de la impopularidad y la mordedura inmensa de la injusticia de una parte considerable de sus conciudadanos, se sentía fuerte y tranquilo en aquellos momentos, con la conciencia de haber cumplido con su deber, y de haberle hecho un grande y positivo servicio a su país.

La administración Errázuriz fue rudamente atacada por este acto, que importó algunos kilómetros de cordillera enteramente estéril hasta hoy, perdidos para Chile; pero, la historia justiciera e imparcial tendrá que reconocer que aquel acto fué el principio del fin en las dificultades de límites con la República Argentina, el primer paso de aproximación sincero y franco y la base de los arreglos definitivos a que puso término la administración que siguió. Sin el abrazo del Estrecho, sin la

liquidación de la Puna, sin la política de franca, leal y abierta aproximación, iniciada y mantenida durante toda su administración, por Errázuriz. nadie podría predecir cuáles serían los extravíos a que hubiera podido arrastrarnos la pasión patriótica exaltada de ambos pueblos que como lo he dicho y repito, nacieron juntos a la vida libre; que deben vivir juntos la vida futura del progreso y de la solidaridad de ideales y aspiraciones. La guerra entre Chile y la Argentina, que evitó e hizo imposible don Federico Errázuriz, como obra exclusiva de su gran carácter y de su visión de estadista, habría sido un verdadero crimen contra la América y la humanidad, una insensatez, una aventura sin finalidad ni objetivo.

Calla el Presidente un instante y haciendo caudal en sus recuerdos, nos dice de pronto:

—Y no vaya a creer que don Federico Errázuriz sólo tuvo previsión en lo que toca a nuestra política con la Argentina; no le preocupaban menos nuestras relaciones con el Perú y ahí tiene la prueba sobrada en el protocolo Billinghurst-Latorre con motivo del cual se ha afirmado con mucho énfasis, que había tenido por consecuencia forzosa y obligada la pérdida de los derechos que con tanta justicia reclama Chile sobre Tacna y Arica. Yo he meditado mucho siempre sobre este asunto y no he podido convencerme nunca que sea electiva tal afirmación y sólo los hechos, después de la celebración y ejecución de ese proyectado tratado habrían podido resolver y decir quienes tienen la razón en orden a las predicciones, si los que como yo creemos que habría sido beneficioso para Chile, se habría resuelto la cuestión a su favor, o los que sostienen lo contrario. En el orden de los vaticinios, pronósticos o suposiciones de lo que una medida legislativa, gubernativa o un acto cualquiera de gobierno pueden producir en el porvenir, sólo son los hechos los que deben afirmar la última e irrefutable verdad. Así, revisando los boletines de nuestras Cámaras,

en donde se condensa la opinión de los pensadores más autorizados e ilustrados de nuestra clase dirigente, encontramos a cada paso columnas y columnas con vaticinios, pronósticos y afirmaciones pronunciados con carácter enfático o pontifical, que los hechos se encargan después de evidenciar en toda la desnudez de su error y de sus equivocaciones. Ejemplo palpante de lo que le digo encontrará usted en el debate vibrante, nutrido y apasionado, que se originó después de la revolución del 91, para imponer en nuestro país la cancelación del papel moneda y la circulación del régimen metálico. Los más brillantes y concienzudos parlamentarios de aquella época, con inmenso esfuerzo y gran acopio de razones y argumentos, con citas de autores, de hechos y doctrinas, afirmaron pontificalmente ante el país que estábamos preparados para la conversión metálica y ofrecieron una lluvia de oro y de redención económica. El país creyó en los agoreros de su buena fortuna; entregó en manos de ellos su suerte y, a poco andar la conversión metálica se derrumbó con estrépito. Se impuso así otro sacrificio inmenso al país.

Nervioso y preocupado encontramos al Presidente después de una interesante sesión del Consejo de Ministros que se ha verificado pocas horas antes. La cuestión de Tacna y Arica y la iniciación de una política de franca solución del problema del Norte le interesa por sobre todos los negocios del Estado que requieren su actividad y su dirección en los actuales momentos. Con visible afecto, afecto fundado en una noble admiración y en un acendrado patriotismo, recuerda la acción y la labor del Ministro de Relaciones, Barros Jarpa, en quien ve al comprensivo solucionador del viejo conflicto, porque es joven y tiene todas las condiciones de un hombre de Estado.

Dé pronto nos dice Alessandri:

—Pero reanudemos el hilo interrumpido de nuestra conversación. Hablábamos todavía del Gobierno del Presidente Errázuriz. Hablábamos del fracaso de la conversión metálica, con el cual se impuso así otro sacrificio inmenso al país; se reagravó la situación, pagamos todavía las consecuencias, y los hechos evidenciaron que jamás había sido más desgraciada e inoportuna esta operación económica hecha al margen de una guerra civil interna que había desangrado moral y materialmente al país y en los momentos más críticos de la contienda de límites con la República Argentina. Este ejemplo desastroso de cómo se equivocan las predicciones humanas en materia de los efectos que pueden producir las medidas legislativas o gubernativas, constituye un antecedente que me autoriza para afirmar que sólo los hechos habrían podido decir la última palabra

sobre si el protocolo Billingham-Latorre era o no conveniente para los intereses de Chile; pero, queda en pie, incommovible un hecho fundamental, cual es el esfuerzo del Presidente para resolver un problema que debió resolverse, que ha debido resolverse y que debe resolverse; y, por muy malas que hubieran sido las consecuencias de aquel arreglo, jamás habrían sido tantas cuales son el haber prolongado este debate por 25 años más. Con grave detrimento de la vitalidad económica y moral de este país, que se encuentra molestado en todos los órdenes de su prosperidad por esta dificultad que lo amaga, molesta y perjudica. Las razones que produzcan estas dificultades para juzgar en forma cierta e inequívoca los efectos sociales o económicos que produce o pueda producir una medida legislativa o gubernativa, las precisa con mucha exactitud un gran pensador italiano: el eminente financista Nitti, en su grande obra sobre la ciencia de las finanzas. Dice este pensador que el sabio que experimenta las ciencias físicas y naturales, puede fácilmente llegar a establecer conclusiones ciertas e inequívocas, leyes efectivas, porque puede en un momento dado, en sus aparatos de experimentación, dominar la totalidad de los factores que determinan un fenómeno y repetirlo y reproducirlo tantas veces cuantas sea necesario para comprobarlo por la experimentación, que no deja lugar a dudas. En cambio, el jurista, estadista o sociólogo que desea comprobar y establecer los efectos de un fenómeno social, tiene que operar en un laboratorio inmenso, cual es la sociedad entera. No todos los factores del problema pueden ser dominados por él, no puede tampoco repetirlos a su voluntad, le es imposible en consecuencia, inducir en forma cierta los resultados que dependen o pueden depender de muchos factores secundarios que se le escapan y que no puede manejarlos a su voluntad, por cuya razón sólo la experiencia, los hechos y el desarrollo de los acontecimientos, con relación a la medida tomada, son los que

vienen a marcar los resultados definitivos y ciertos de las medidas que se tomen en el tiempo y en la historia por los dirigentes de pueblos. Estas son las razones que me inducen a afirmar nuevamente que nadie tiene derecho para pontificar afirmando que, contrariamente a lo que creía el Presidente Errázuriz, hubiera sido contrario a los intereses de Chile el protocolo Billinghamst-Latorre si se hubiera llevado a efecto.

Esta pésima opinión producida alrededor de este asunto es un fenómeno curioso de psicología social: la administración Errázuriz fué muy difícil y combatida como consecuencia lógica de la forma como se generó. Recordará usted que tres grandes partidos, organizados y poderosos, con la bandera de la Alianza Liberal a la cabeza, sostuvieron la candidatura de don Vicente Reyes; la de don Federico Errázuriz por rara excepción en los precedentes de nuestra vida pública, fué la resultante de una serie de factores personales, debido a las excepcionales condiciones del candidato, que triunfó con jirones de partidos y con el concurso del partido conservador, combinación política que evidentemente era impopular en presencia de la que levantó y sostuvo la candidatura derrotada del señor Reyes. La génesis de la lucha electoral fué un obstáculo que encontró el señor Errázuriz durante toda su administración porque, durante toda ella, los partidos derrotados, principalmente el radical y el liberal, que no se conformaron jamás con la derrota, encontrarón siempre malo todo lo que hacía un gobierno que ellos combatieron, y contagiaron siempre la opinión con su prestigio, lo cual dificultó grandemente la administración de don Federico Errázuriz, que sólo gracias a su carácter, pudo imprimir una orientación eficiente y pacifista en nuestras relaciones con la República Argentina.

—¿Cree usted que el partido liberal no debió mirar con buenos ojos la candidatura de don Federico Errázuriz?

—A mi modo de ver, fué un grave error del partido liberal, que combatió la candidatura de don Federico Errázuriz, haber continuado la lucha más allá de su elección, pues habiendo sido liberal y liberal avanzado este Presidente debieron deponer sus armas en beneficio del país y del liberalismo, ayudándolo a gobernar. Es grave inconveniente el de nuestros políticos el que sin energía bastante para sobreponerse a sus pequeñas pasiones, descuiden frecuentemente, por consideraciones personales chicas, los altos y elevados intereses del país. Desgraciadamente es muy frecuente que, por combatir hombres, se combatan ideas y al país, y esa responsabilidad les cupo a los dirigentes del partido liberal, que combatieron a Errázuriz en su campaña y que pudieron ser los cooperadores eficientes y eficaces durante su gobierno en bien general del país. Guardando lealtad Errázuriz a la combinación política que lo eligió, me consta que buscó sincera y decididamente en muchas ocasiones, a los liberales llamados doctrinarios en aquella fecha, para hacerlos cooperadores de su gobierno y llegar por intermedio de ellos hasta donde los radicales y encontró siempre hermética la puerta para todo acercamiento, porque la pasión política era mucho más fuerte que los intereses del liberalismo del país. Estas mismas razones fueron las que formaron la Coalición que llevó a Errázuriz al poder y que nos tomó a muchos contra nuestra voluntad, contra nuestros deseos, y contrariando las aspiraciones más íntimas de nuestro espíritu. Errázuriz era liberal muy avanzado. Durante toda su vida pública militó a la vanguardia del liberalismo y era el heredero legítimo de nombre y de espíritu del fundador de la Alianza Liberal del año 75. Por estas razones tenía una inmensa simpatía entre toda la juventud liberal y radical y se destacaba como un candidato de estos elementos; pero, tanto los dirigentes y copetudos del partido liberal como del radical, que tenían más influencia directiva en su partido que la que hoy día tienen, desviaron esa corrien-

te de simpátia de la masa de sus correligionarios a favor de don Vicente Reyes, y Errázuriz, que era activo, impulsivo y emprendedor y que tenia la legitima ambición de ocupar el puesto que había ocupado su padre, se sintió contrariado con justicia, fué, y una necesidad imperiosa de triunfar, los acontecimientos y la lucha, por una antítesis del destino, lo hicieron formar de nuevo la misma combinación que su padre destruyó.

Llega en ese instante el Ministro de Relaciones Barros Jarpa, a quien recibe el Presidente con afecto, felicitándole por su brillante discurso pronunciado en la sesión del Senado del día anterior. Cambian algunas palabras y tan pronto se aleja el Ministro, le decimos al Presidente:

—Quisiéramos saber algo de su vida parlamentaria, en sus diversos periodos.

—De mi vida parlamentaria lo que puedo decirle es que fuí diputado por Curicó durante seis periodos consecutivos, durante 18 años y creo que ningún otro diputado haya contado con la circunstancia de ser reelegido tantas veces por un mismo departamento. Los pueblos son de suyo inconstantes y se aburren generalmente con sus representantes salvo el caso de haber vivido dedicado a servir los intereses regionales y particulares de sus electores como me ocurrió a mí. El año 15, sin haberlo solicitado, fui elegido senador por Tarapacá, por seis años, y antes de terminar mi período fui designado para el cargo que hoy desempeño.

—¿Cómo llegó usted a la senaduría de Tarapacá? Tenía usted algunas vinculaciones en aquella provincia?

—Sin pedirlo ni quererlo. En aquella provincia existía un cacicazgo político basado en el abuso, en el imperio de la fuerza, en la falsificación de los registros electorales y en el atropello sistemático a la Constitución Política del Estado y a todas las leyes de la República. El partido radical, que era muy fuerte y poderoso, qui-

so reivindicar sus derechos y volver la normalidad legal a esa importante y rica provincia de la República. Buscaron afanosamente un candidato y ofrecieron la senaduría a don Oscar Viel que, aunque de la misma filiación política del entonces senador don Arturo del Río, ofrecía garantías de respeto a las leyes y de corrección administrativa. El señor Viel preparó su campaña con mucha energía desde dos años antes de la elección. Siendo yo Ministro de Hacienda en el año 1913, durante el Gabinete Rivas Vicuña - Villegas, vi constantemente a Oscar Viel solicitando del Ministro del Interior cambios de funcionarios, reorganización de las policías, y otra serie de medidas encaminadas a obtener las garantías que no se conocían jamás en la provincia de Tarapacá en las épocas electorales. Veía pasar estas gestiones activas del señor Viel con indiferencia, sin preocuparme de ellas y sin imaginarme jamás que los trabajos que él ejecutaba y las garantías que pedía pudieran llegar a ser en mi beneficio.

—¿Cómo se explica, entonces, su entrada a esa senaduría?

—En una forma muy sencilla; el señor Viel, que, como le digo, había preparado su elección con más de dos años de anterioridad a ella, cuando llegó el último momento se encontró con que la Junta Directiva de su partido le cerró el camino y declaró que no había ninguna razón ni justicia para reemplazar a don Arturo del Río, que debía continuar en su puesto por un deber de lealtad, según dijeron los liberales democráticos que en aquella fecha dirigían el partido. Los radicales de Iquique que como ya se lo he dicho, eran poderosos; que estaban resueltos a campear por la purificación de la provincia y por la necesidad de colocarla bajo el imperio de la Constitución y de las leyes, se desesperaron con el desistimiento del señor Viel y se dieron afanosos a buscar un candidato que reuniera las condiciones personales necesarias y la voluntad bastante para emprender la ries-

gosa empresa de ir a combatir al señor del Río en su propia guarida y en donde se encontraba fuertemente atrincherado, y protegido por toda clase de elementos. Alguien dió mi nombre y, de improviso, sin podérmelo imaginar, recibí un telegrama del prestigioso abogado de Tarapacá y presidente entonces del partido liberal de aquella provincia, don Juho Guzmán García, quien, a nombre de radicales, liberales y demócratas me ofrecía la senaduría por Tarapacá, desistida por mi amigo don Oscar Viel. Cosa curiosa, recibí este telegrama en los precisos momentos en que don Javier Figueroa, don Pablo Ramírez y don Luis Aurelio Pinochet, trataban de vencer la resistencia que yo oponía para ir a disputarle la senaduría por Maule a don Arturo Besa. Les mostré el telegrama significándoles que era curioso que se me ofrecieran a mi dos senadurías cuando no deseaba salir, por entonces, de la Cámara de Diputados, dejando de mano a tantos otros que buscaban este puesto. Contesté al señor Guzmán agradeciéndole que no estaba dispuesto a aceptar la senaduría que se me ofrecía, como había rechazado también, enérgicamente, la candidatura a senador por Maule. Me encontraba por aquel tiempo muy bien en la Cámara de Diputados, me sentía todavía joven, había más ambiente para mí en esa Cámara y me era mucho más cómodo recibir mis poderes como diputado por Curicó, sin gestión personal ni molestia o sacrificio de ninguna parte.

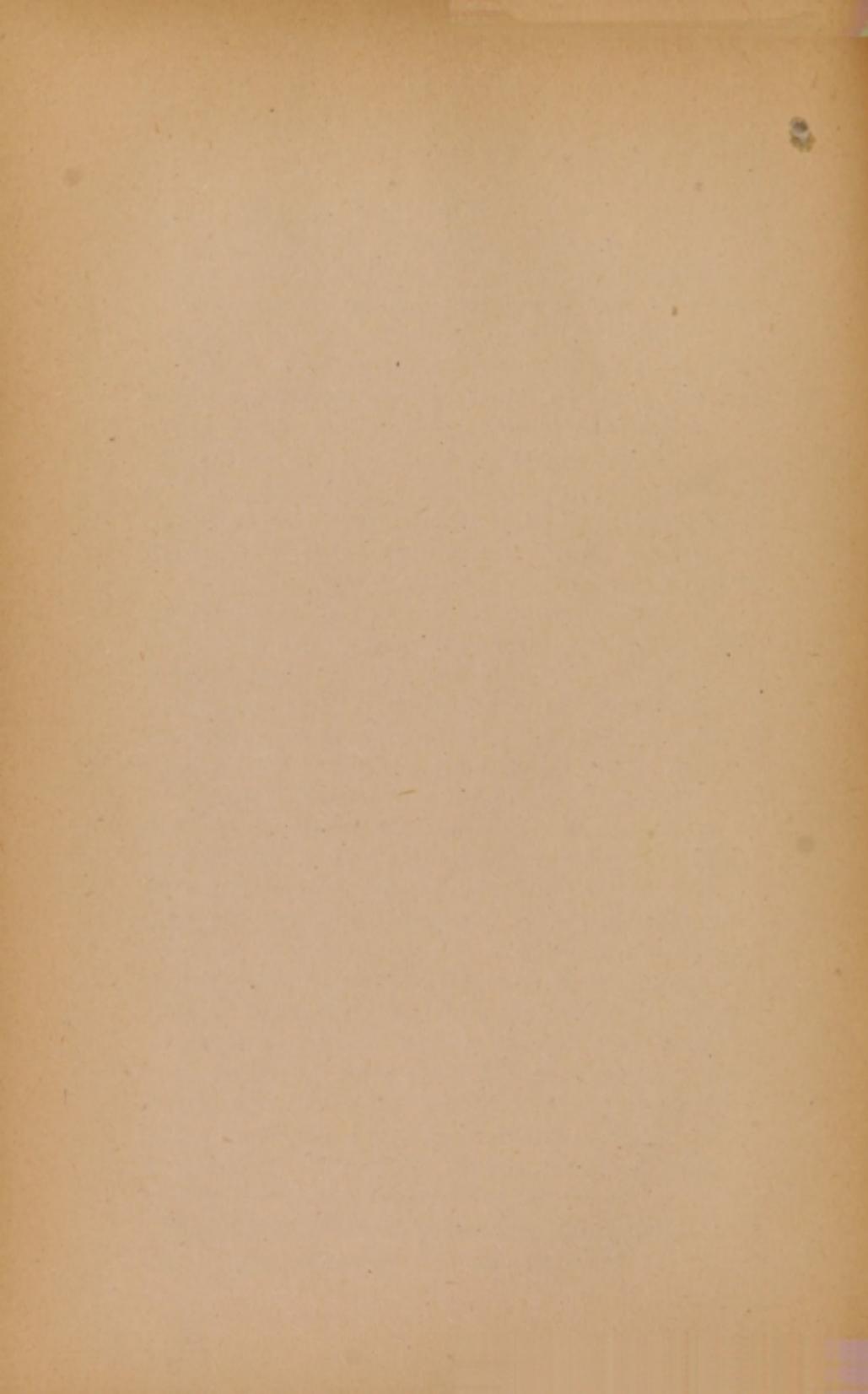
—¿De qué manera se venció o vencieron su primera resistencia?

—Porque el destino manda más que la voluntad humana. Los de Tarapacá siguieron insistiendo afanosamente, porque me aseguraban que encontraban en mí condiciones especiales para triunfar en aquella riesgosa empresa. Me hacían ver la importancia trascendental que para ellos tenía mi presencia en la provincia y entregaban a mi consideración de ciudadano el hecho de que me pedían que emprendiera, en pequeño, una ver-

dadera campaña libertadora y de independencia ya que se trataba de volver una sección del territorio de la República al amparo de la Constitución y de las leyes, ya que en el hecho no imperaban allí, por obra del abuso y de la más desenfrenada corrupción administrativa de que ha podido haber ejemplo sólo en los países de mayor corrupción. Me mandaron también al poeta don Victor Domingo Silva, que había hecho una esforzada campaña periodística, de asambleas, de mítines y de discursos en pro de la redención de aquella importante provincia. La palabra cálida y elocuente del señor Silva, que venía como mensajero del dolor y de la angustia de un pueblo digno de mejor suerte; las reiteradas comunicaciones que a diario me llegaban de la gente más respetable de Iquique, producían honda impresión en mi ánimo. Empecé a considerar que todos los hombres tenemos el deber y la obligación de hacer sacrificios grandes por el bien público y, en este caso, el inmenso sacrificio que de mí se reclamaba, revestía esos caracteres. Sin embargo, no me decidía, porque se me pedía algo que yo consideraba superior a mis fuerzas por diversas razones y aspectos. Los muchos días que pasaban sin que yo diera una contestación y lo grande de la insistencia de los de allá, dió pábulo para que algunos de los dirigentes de los partidos liberal y radical, creyeran que se trataba de una senaduría de muy fácil elección, y, comenzaron gestiones aquí y allá para asignarle esa candidatura a don Guillermo Barros o a don Juan Castellón. La Junta Central Radical tomó un acuerdo para significarle a la Asamblea de Iquique, que defirieran toda proclamación porque estaban llanos a darles candidato, y que este sería el mismo don Juan Castellón, que era en aquel tiempo el presidente del Partido Radical. Impuesto de este acuerdo y contento sinceramente de haberme salvado de un compromiso que importaba para mí sacrificios que yo reputaba superiores a mis fuerzas, me fui a casa

del señor Castellón para significarle que, impuesto de que él sería senador por Tarapacá y como acto de gratitud para responder a la gentileza de aquella Asamblea radical que había pensado en mí, estaba dispuesto a cooperar a su elección en cualquier forma y cualquiera que fuera el sacrificio que ello me impusiera. En los precisos momentos en que hablaba con el señor Castellón llega un telegrama de la Asamblea de Iquique que, más o menos, decía: "Lamentamos profundamente designación tardía de usted. Hace mucho tiempo hemos estado pidiendo candidato y no se nos da. Necesitamos uno que vaya ciertamente al triunfo. Alessandri reúne esas condiciones y, ejercitando la autonomía que nos da el Estatuto orgánico, lo hemos proclamado".

El señor Castellón vió que su candidatura era imposible y me significó la necesidad de que yo aceptara la candidatura. Me senti tan profundamente impresionado y atraído por la actitud de la Asamblea Radical de Iquique, que no me creí autorizado para seguir excusándome. Era un mandato imperativo del destino y era menester obedecerlo sin consideración a nada ni a nadie. Me resigné a afrontar las consecuencias de la lucha; supliqué a mis amigos de Curicó que me reemplazaran en mi diputación por don Manuel Rivas Vicuña y sin pensar ni averiguar nada, les contesté a Iquique que aceptaba y que me embarcaba en el primer vapor. Así lo hice; fui recibido en medio del entusiasmo más delirante de un pueblo sediento de libertad y de redención. El triunfo era seguro porque la mayoría inmensa de la opinión se manifestaba a favor de mi candidatura en forma incontenible; pero la dificultad estaba en llegar a las urnas, porque no existía en Iquique respeto alguno por la vida humana y se usaban absolutamente todos los procedimientos, aun los más vedados y criminales para impedir el paso a quien se quería atajar.



A pesar del calor el Presidente no olvida sus buenas virtudes andariegas; le acompañamos a lo largo de la calle, sobre la cual cae el sol a plomo, incendiando el aire. Su paso es ágil y rápido y así le vemos medir las cuadras con soltura y rapidez.

Hace un instante ha terminado de leer las conversaciones que hemos ido recogiendo de sus recuerdos. De pronto nos dice:

—Terminemos los recuerdos sobre la campaña de Iquique y prosigamos:

Antes de embarcarme se me hicieron presentes los peligros personales que correría si me embarcaba en la empresa. No creí que fueran efectivas esas amenazas, los hechos me manifestaron que eran ciertos. La lucha fué tenaz, ruda, cruel. No tengo para qué repetir todos los episodios que son del dominio público; pero se triunfó con una inmensa mayoría y la provincia de Tarapacá respiró el aire puro de la verdadera libertad y del imperio amplio y efectivo de la Constitución y las leyes. El destino manda, dicen los poetas y, realmente, hay razón para creer que algo de eso ocurrió en esta ocasión.

—¿Cuántos años ha estado entonces en el Parlamento?

—Dieciocho años de diputado y cinco de senador; es decir, un total de veintitrés años. Una vida entera, mi amigo. Ya empezamos a ser viejos a pesar de que las apariencias se encarguen de ocultarlo. Sólo queda joven el espíritu y las energías inquebrantables e invencibles para procurar el bien del país y el bienestar de sus conciudadanos. Esa es la única preocupación que

hace latir con fuerza el corazón a las alturas en que ya nos ha arrastrado la vida.

—Cuéntenos algo de su vida de Parlamento: la actividad de su actuación.

—Los boletines de sesiones dan testimonio de mi actuación. Lo curioso es que durante mis 23 años de parlamentario, he sido de oposición y fiscalizador casi durante todos ellos y sólo podría marcarse mi adhesión al Gobierno en las veces que he estado en él. Hasta durante la administración de don Federico Errázuriz, hice oposición y fiscalicé muchas veces. Durante toda la administración de don Germán Riesco me mantuve alejado del Gobierno y en la oposición; ello no obstante apoyé con calor y decisión los actos buenos y convenientes para el interés nacional de ese Gobierno. Me encontrará usted votando y apoyando con mi palabra la aprobación de los pactos definitivos con la República Argentina y sobre limitación de armamentos; igualmente apoyé el Tratado de Paz con Bolivia; los Códigos de Procedimiento Civil y Penal; el alcantarillado de Santiago, obra de trascendental importancia para redimir y defender a nuestra raza de las epidemias y contagios. Mi oposición fué siempre justiciera, sin pasión ni odio, dispuesto siempre a cooperar en todas aquellas medidas que representaran algún interés público verdadero o que significaran algún bien nacional y, a pesar de haber sido su adversario, hube de reconocer y apoyar en la administración del señor Riesco las obras de importancia a que me acabo de referir. Durante la administración del señor Montt, como ya se ha dicho anteriormente, fuí también un fiscalizador tenaz y sostenido, combatiendo muchos errores de aquella administración y aplaudiendo con igual imparcialidad las obras de progreso y adelanto nacional que aquella administración emprendió. Durante la administración de don Ramón Barros Luco, las alternativas y las combinaciones políticas se sucedieron y cambiaron tanto, que

la línea de conducta de los parlamentarios podría señalarse en un gráfico, siguiendo las sinuosidades de los cambios como de las diversas combinaciones y modificaciones de los partidos políticos en sus relaciones recíprocas.

—¿Fué usted Ministro de don Ramón Barros Luco?

—Si; lo fui de Hacienda, en el Ministerio en que estaban don Manuel Rivas Vicuña, don Enrique Villegas, don Fanor Paredes, don Jorge Matte y don Enrique Zañartu. Este fué un Ministerio presidencial o de administración. Trabajó mucho por la reorganización de todos los servicios públicos. Se confeccionó y dictó la actual ley electoral, que colocó a la Alianza Liberal en situación de exteriorizar su evidente mayoría en el país; se modificó también la ley de ferrocarriles y, en mi departamento, presenté el primer proyecto sobre la renta, me esforcé por equilibrar el presupuesto, se amortizó considerablemente el déficit que venía de años anteriores; se hizo cuanto se pudo para contener las especulaciones desenfrenadas del cambio; se trabajó mucho por el establecimiento del Banco Central; se organizó la Oficina de Impuestos Internos y se fundó el actual establecimiento de Especies Valoradas. X

—¿De qué manera se gestionó la creación de esta importantísima repartición?

—Don Manuel Rivas Vicuña, cuando fué Ministro de Hacienda, consultó fondos para el objeto; don Manuel García de la Huerta, que lo sucedió, y para que esos fondos no volvieran a rentas generales, a fin de emplearlos en el objeto de interés nacional a que estaban designados, los puso a disposición del actual jefe de la Oficina de Especies Valoradas. Cuando yo llegué al Ministerio vino don Agustín Edwards de Europa trayendo los planos y presupuestos del edificio y las bases de un contrato con el técnico que emplea el Ban-

co de Inglaterra para la emisión de sus valores y títulos. Examiné aquellos antecedentes, los encontré ampliamente satisfactorios y, por un telegrama a Inglaterra, se pidieron los materiales y al técnico y, debido a ese cuarto de hora de resolución, tenemos hoy día un establecimiento de primer orden que nos ahorra en muchos cientos de miles de pesos el tributo que anualmente pagábamos al extranjero por especies que eran fácilmente elaborables en nuestro país, con ventajas de economía, de seguridad, de comodidad y de todo orden. No le diré el estrépito y el cacareo de verdadero gallinero que formaron en contra de la medida los eternos aduladores en este país de la rutina y de la reacción, los enemigos de todo lo nuevo, los enemigos jurados de la tendencia progresista que hace aspirar a todos los pueblos vigorosos y bien constituidos a abastecerse a sí mismos a satisfacer sus necesidades por su propio esfuerzo. No hubo inepticia que no se dijera y, naturalmente, tras el biombo de esas inepticias y de esos argumentos se parapetaban los intereses particulares, representados por los gestores de las casas extranjeras que usufructuaban de nuestra inepticia trayendo del extranjero los billetes, timbres, estampillas, fajas y otras especies que podían fabricarse admirablemente en el país. El cacareo de gallinero que se levantó en torno de este asunto y la forma como los resultados han desmentido ese injusto estrépito son una lección objetiva que no deben olvidar nunca los hombres públicos de este país cuando vean levantarse airados en su camino a los intereses particulares, envueltos en un manto de absurdos argumentos para contener o entabrar un progreso o una reforma de interés nacional. Yo salí del Ministerio antes que la fábrica quedara definitivamente instalada. Temí que se perdiera todo mi esfuerzo: pero don Ramón Barros Luco, que se ocupaba de todos los asuntos grandes y de interés nacional, se puso firme e impuso la terminación de los trabajos.

Parece que usted recuerda con mucho respeto la memoria de don Ramón Barros Luco.

—Sí, mi amigo; don Ramón Barros Luco era un hombre venerable, cargado de servicios públicos valiosos y prolongados. Era realmente un hombre superior. De una vasta e inmensa preparación administrativa; nada era nuevo para el Presidente; nada ignoraba. Todo lo sabía; la avanzada cortedad de su vista le daba un aspecto sombrío y hacía creer a quienes lo miraban, que el Presidente dormía o se desinteresaba por las cuestiones que se debatían en su presencia, y, sin embargo, el Presidente se erguía en el momento menos pensado y daba una fórmula que era siempre una solución y la expresión más nitida de claridad y de buen sentido. El Presidente tenía opinión definida en todos los problemas de interés nacional, se despreocupaba en absoluto de lo pequeño; pero se mostraba siempre atento y enérgico en los problemas generales de interés público. La Hacienda Pública era para él de preferente atención y dominaba todos sus aspectos con cabal y perfecto conocimiento y con admirable claridad a pesar de sus muchos años.

—Usted debe recordar más de alguna anécdota de don Ramón, de esas que dan la medida de su singular carácter.

—Son infinitas. Don Ramón era hombre muy chistoso, original, y sentía un placer evidente en exteriorizar su ingenio. Recuerdo que un día que entré a su sala de despacho, y, como de costumbre, el Presidente reclinado en su silla aparentaba dormir, se enderezó violentamente y, saludándome me dijo: — Vea, don Arturo, no se empeñe nunca por este destino porque es muy embromado. No diré cuánto me reí de que llamara destino a la Presidencia de la República, que me aconsejara no empeñarme por él, dando por razón lo embromado del cargo, porque me hice la reflexión cuán inmensas serían las angustias y dolores de ese puesto para que lo considerara embromado don Ramón Barros Luco, que toma

ba las cosas con tan inmensa y proverbial calma y filosofía. No he acertado nunca explicarme la salida del venerable caballero en aquella oportunidad, porque, por aquellos años jamás se me había imaginado ni ocurrido pensar que alguna vez hubiera podido bajarme la tentación de empeñarme por el destino de que tanto se quejaba en ese instante don Ramón Barros Luco. En otra ocasión, como yo me manifestara gran partidario del establecimiento del Banco Central y don Ramón no lo era, con el espíritu que lo llevaba siempre a simplificar las cosas y a reducirlas a su más sencilla expresión, me rebatía con diversas razones, pero me resultó la más comprensiva de todas una, cual fué que no había local donde podía funcionar el Banco. Algunos días después le dije que había salvado la dificultad que se oponía a la creación del Banco Central, que ya había encontrado un local adecuado, cual era el edificio del Banco de la República que había entrado en liquidación. El Presidente no se dió por vencido y me dijo: —No sirve, tiene techo de vidrio y hace mucho calor en el interior. Comprendí que el Presidente, que tan sencillamente me contestaba, exteriorizaba así una opinión firme, y que era inútil contrariar.

Se discutía en otra ocasión, en un Consejo de Ministros, sobre si se vendían o no los acorazados que para nosotros se construían en los astilleros ingleses. Las opiniones estaban divididas la discusión iba larga, cuando el Presidente a quien pudiera creérsele que estaba dormido y no escuchaba, se incorpora y dice: — Es inútil seguir discutiendo, yo no vendo los buques. Naturalmente la discusión terminó y nos separamos a tomar té. En la mesa, con la mayor naturalidad, dijo: —Los países no pueden ni deben nunca estar desarmados, porque pasa como en las casas de campo, donde no deben faltar nunca las armas porque cuando menos se piensa vienen salteadores.

Era admirable cómo el Presidente de la República,

con fórmulas sencillas, con frases cortantes, resolvía los problemas más graves de Gobierno, exteriorizando opiniones que eran muy sólidas en él y que consideraba inútil entregarlas al comentario y a la discusión porque no había razones bastantes para hacerle modificar su sólido y reposado criterio. Podría llenarle muchas páginas con anécdotas muy curiosas del Presidente Barros Luco, en las cuales siempre chispeaba mucho ingenio y se exteriorizaba siempre también el espíritu profundamente elevado y patriota de un gran estadista. Era muy apacible; pero se ponía muy iracundo y agresivo, cuando se imaginaba que no se quería guardar el merecido y debido respeto a su puesto y a su persona o cuando sospechaba una falta de honradez o delicadeza, ya fuera en un funcionario administrativo o alguna persona particular.

—¿Ha sido usted Ministro en otra oportunidad?

—El año dieciocho, cuando triunfó la Alianza Liberal me correspondió representar a esa combinación política en la administración de don Juan Luis Sanfuentes, y, según él me dijo, me llamaba porque los jefes de los partidos le habían pedido que llegara al Gabinete una persona que representara genuinamente a esa combinación política y que, habiendo contribuido yo a romper el block coalicionista del Senado con la campaña electoral de Tarapacá del año 15, creía que cumplía con las características señaladas por los jefes de los partidos con quienes había conferenciado para la organización del Gabinete. X

—¿Tuvo dificultades con el señor Sanfuentes?

—Absolutamente ninguna; nos entendimos muy bien; el señor Sanfuentes fué muy caballeroso conmigo, y no me puso nunca ninguna dificultad para adoptar y ejecutar todas las medidas que imponía un violento cambio de régimen y de orientación en la política.

—Se ha dicho mucho que usted tuvo dificultades

con el señor Sanfuentes a propósito del ferrocarril de Iquique a Pintados.

—No es efectivo que tuviera dificultades. Yo tenía inmenso interés en que se construyera el ferrocarril de Iquique a Pintados para dar salida al mar al ferrocarril longitudinal y para concluir con el monopolio del ferrocarril salitrero, beneficiando con la competencia el desarrollo económico y comercial de la provincia de Tarapacá. Don Ramón Briones Luco, Ministro de Industria del Gabinete que yo presidía tenía también mucho interés por esa obra pública. La activó cuanto pudo, pidió propuestas públicas y las aceptó para que se iniciaran los trabajos. El Presidente Sanfuentes, por razones de economía, no era partidario de la obra; pero en su propósito de no tener dificultades con el Ministerio nuevo, firmó simplemente el decreto; pocos días después inició en la Cámara de Diputados un gran debate alrededor de esto mi amigo y condiscípulo don Eleazar Lezaeta, diputado conservador por Caupolicán y terminó proponiendo un voto para que no se iniciaran los trabajos. Yo hice cuestión de Gabinete en la Cámara el rechazo del voto y se ganó por inmensa mayoría. Lezaeta, furioso, en los pasillos del Congreso se lamentaba de que hasta los liberales democráticos hubieran votado en su contra cuando creía contar con ellos ya que había procedido en el debate y en la redacción del voto, según dijo él, de acuerdo con el Presidente. Algunos días después de producido el voto y encontrándose en la sala presidencial don Ramón Barros Luco en tono de broma y muy amistoso, le hice presente al Presidente la conveniencia de que cuando tuviera alguna gestión para el Congreso, buscara a un hombre más reservado que Lezaeta, porque afirmaba haber procedido de acuerdo con el Presidente. El Presidente se rió mucho y dijo que su intervención se había limitado a indicarle que diera al voto una forma de carácter administrativo, porque le había presentado una redacción que se le podían atribuir fi-

nes políticos. Celebramos en común las ocurrencias y no se alteraron nuestras buenas relaciones.

—Si no fuera indiscreta o imprudente la pregunta, quisiéramos saber su opinión sobre la actitud del Gobierno anterior respecto a su candidatura presidencial.

—Le ruego que me excuse no contestarle a este respecto, porque no hay conveniencia ni prudencia en que yo aborde ese tema que a nada práctico conduce y que tal vez no tendría yo la debida imparcialidad para juzgarlo. Lo único que yo puedo decirle es que la experiencia y la observación de muchos años me ha hecho formarme la convicción irrevocable en orden a que los gobernantes no deben jamás intervenir en ninguna elección de base popular. Ese es el deber, es lo que conviene y exige el país; lo que han consagrado los hechos y representa también la personal conveniencia, porque es un hecho histórico no desmentido que los protegidos o amparados en una elección por un Gobierno son precisamente los jurados enemigos al cabo de poco tiempo y parecen especialmente inclinados a exhibirse como independientes, como si quisieran sacudirse del fardo pesado del recuerdo de un amparo o protección que parece molestarles.

Han transcurrido más de dos lustros. Nuestras conversaciones de aquel entonces con don Arturo Alessandri, nos parecen ya demasiado lejanas y comienzan a borrarse en esos días que se confunden en la perspectiva de la historia. ¡Cuántas cosas han ocurrido! Creemos rēleer un capítulo de la crónica de 1828 o de 1830, con sólo evocar la sucesión de Presidentes y Ministerios, los cambios de Congresos y la variedad de dictaduras militares; los grandes cambios que han transformado fundamentalmente la vida política de Chile.

Durante los últimos años, desde que subió a la Presidencia de la República la primera vez, don Arturo Alessandri ha sido el eje en torno del cual han girado las actividades políticas de Chile. Cómo olvidar esa lucha electoral sin cuartel por la primera magistratura; los días agitados en torno a la decisión del Tribunal de Honor; los primeros tiempos esperanzados de grandes conquistas populares de su gobierno; luego la oposición sistemática que no le daba tregua atrincherada en el Congreso, en las asambleas políticas, en algunos periódicos; atizada por el malestar económico, que llegó a un momento de crisis sin precedentes con la disminución de las ventas del salitre, del cobre y de la lana, con la crisis del carbón y, en general, de nuestro comercio exterior, agravada con el incremento de la cesantía y con la malsana exacerbación de las pasiones que llegó hasta estimular la sedición militar. Cuanto ocurrió después se proyecta en nuestros recuerdos como la más dramática de las cintas de cinematógrafo, en la cual no faltan ni las conspiraciones de arriba, los golpes de sorpresa del ejército, los motines en los cuarteles, la insurrección de la escuadra y el necesario desfile de Presidentes y Vice Presidentes, en medio del coro de la política y del pueblo, que nunca extremaron sus peligros para llegar al tono de la tragedia.

Cuántas veces las revoluciones se explican más que

por deliberados propósitos anteriores, por el azar que precipitan las circunstancias. Acaso lo que pudo no pasar de ser más que una manifestación de imprudente indisciplina en la oficialidad joven cuando asistió a la barra de la Cámara, se convirtió luego en un motín que enarboló la bandera de un descontento atizado por los propios intereses políticos, contra los cuales renegaban los cabecillas de la rebelión. Y, claro está, ese amotinamiento tenía que encontrar un eco inmediato en la opinión pública, que veía a diario cómo perdía su tiempo el Congreso en discusiones estériles, mientras se apresuraba a despachar el proyecto de dieta parlamentaria cuando no se promulgaban los Presupuestos, ni se pagaban los sueldos de los empleados públicos, ni las pensiones de los veteranos.

La actitud de la oficialidad joven fué, en segunda instancia, abiertamente revolucionaria, y cuando se presentó ante su jefe constitucional y generalísimo de las fuerzas de mar y tierra, esa actitud debió caer de inmediato bajo la sanción de las leyes punitivas. ¿Por qué no fué arrestada ese mismo día la junta militar? Porque, en verdad, el Presidente de la República no contaba con fuerzas con qué hacerlo. El ejército y los carabineros, estaban unidos, solidarizaban en el mismo propósito. Le hemos oído recordar al señor Alessandri que Ewing, a la sazón su jefe, le había comunicado que la oficialidad se había reunido para hacer causa común con el ejército.

Esto puede o basta para explicar cuál pudo ser la situación de ánimo del Presidente al parlamentar con una delegación militar ante la cual iba a presentarse sólo investido de su autoridad moral, ya que no contaba detrás de él con la fuerza con que un gobernante puede hacerse respetar en situaciones extremas como la subversión de la oficialidad del ejército ante las autoridades constituidas.

Cuánto, cuánto se ha escrito y se ha dicho de lo

que ocurrió ese día entre la oficialidad y el Presidente de la República. Cada cual, cada testigo, suele creerse el depositario de la verdad y, sin embargo, esa misma verdad puede asumir aspectos bien diversos en los testimonios que creen acreditarla como palabra de fe irredar-güible. En más de una ocasión le hemos oído referir al Presidente de la República que, en vano agotó en esa entrevista todos los medios de persuasión que estaban al alcance de la palabra, a fin de salvar a la República y a la democracia, que veía en inminente peligro.

Pero, ¿qué mejor testimonio que las propias palabras del Presidente para trazar esa página trascendental de nuestra historia bien reciente? Diez días después de salir del país (1), le escribía a uno de sus amigos de Chile la carta cuyos fragmentos reproducimos, como el mejor de los documentos de esos días, que es una recia página de historia.

“Yo quiero imponerlo — reza esa epístola — de detalles y antecedentes que nadie conoce y sobre los cuales he debido guardar un patriótico silencio. Mi persona nada importa. Que me ataquen y calumnien los adversarios, sea en buena hora. Es muy agrio el pan de la injusticia; pero Chile, mi patria querida, vale más, mil veces más, que muchos hombres. Mi sacrificio personal es muy poca cosa ante la necesidad de defender a Chile, de no arrastrar más su nombre ante el concepto de los países amigos, después de haber luchado con tanto éxito durante mi administración para realzar su prestigio internacional.

Sabe usted que nuestro parlamentarismo, en la forma que se ejercía, era un verdadero mal nacional y había adquirido los caracteres de una calamidad pública. Fui el primero en denunciarlo ante el país con insistente claridad y energía. Era absolutamente imposible gobernar. El Presidente de la República estaba reducido a un prisionero ante las exigencias irritantes

(1) 21 de septiembre de 1924.

de los parlamentarios. No había libertad para ningún nombramiento, ni para tomar ninguna resolución sobre cualquier negocio o asunto privativo de las facultades gubernativas, grande o chico, sin la correspondiente exigencia o imposición de uno o más parlamentarios. En el hecho gobernaba el parlamento en forma irresponsable, a la sombra y tras el biombo del Ejecutivo, cargando éste con las responsabilidades y las críticas y censuras de los actos impuestos.

Los Ministros, para poder sostenerse y vivir, tenían que ceder, y el Presidente de la República, obligado por la necesidad suprema de gobernar, tenía también que ceder en amparo del Ministerio.

Desgraciadamente, en la mayoría inmensa de los casos, las imposiciones parlamentarias no se inspiraban en consideraciones patrióticas y de bien público, sino en antecedentes de carácter electoral o en intereses pecuniarios.

Este sistema iba relajando y destruyendo todos los resortes funcionales de la Administración y, como es natural, el desprestigio pesaba principalmente sobre la cabeza visible, el Presidente de la República y sus Ministros.

Este desborde parlamentario adquiría las mayores proporciones de anarquía y desorden ante el problema ministerial.

Las convenciones nacionales exigen que los Ministros sean, ante todo y por sobre todo, eficientes y honorables. Dentro de las normas parlamentarias, implantadas por la costumbre, era, además, indispensable que el Ministro tuviera amigos y ambiente en el Congreso; debía agregar hombres a su alrededor. Nuestros malos hábitos se fueron relajando hasta prescindir en las organizaciones ministeriales de toda consideración ajena a la representación política o parlamentaria de los Ministros, como necesidad imperiosa de vida, y aun así, ante esta pueril consideración, no era posible dar

estabilidad a ningún Ministerio, porque en forma morbosa había llegado a ser un hecho triste de fobia y agresión que de diversos bancos surgía siempre contra los desdichados hombres que llegaban a un puesto ministerial y por el solo hecho de llegar a él.

El hombre más probo, el más honesto y querido, se convertía para los parlamentarios en el conjunto de todos los defectos y cualidades negativas en el momento mismo en que juraba el cargo de Ministro. La preocupación constante y tenaz de diputados de todos los partidos en presencia de un gabinete, era intrigarlo, dificultarle su labor por todos los medios y caminos, estudiar la manera de derribarlo, producir finalmente la crisis; ésa ha sido, durante toda mi administración, la finalidad más cariñosa e insistentemente perseguida por diversos grupos parlamentarios. No hubo hombre, ni uno solo, que se escapara a esta fatal orientación de nuestro régimen de bacanal parlamentaria, como yo lo llamé.

Jamás nadie pensaba en el interés nacional, ni en el país. Mis clamores reiterados, tenaces, insistentes, mis llamados al patriotismo, al trabajo, a la acción, cayeron siempre en el vacío; no fui oído, no pude encomendar rumbos. Mis energías se estrellaron contra un estado de ánimo morboso e incurable.

Durante la permanencia del Senado coalicionista, que tanto dañó al país por dañarme a mí, movido por su odio patológico, encontró el más constante cooperador en la indisciplina, en la anarquía y desorganización de la mayoría aliancista de la Cámara de Diputados. Más todavía: el Senado coalicionista contó siempre con el amparo resuelto y secreto en Diputados de la mayoría que, en contacto y al habla con ellos, fraguaban siempre por producir la crisis y por molestar y castigar al Presidente que había buscado a otros y no a ellos para formar parte de un gabinete, al cual se creía siempre con derecho de participar.

Creí patriótica y sinceramente que muchos de estos males eran motivados por la coexistencia de dos Cámaras heterogéneas. Pedí al país, como usted sabe, que corrigiera ese mal, que me diera herramienta eficiente de trabajo para realizar el programa de bien público que el país y la opinión exigían.

Las provincias respondieron ampliamente a mi llamado. Me dieron Cámaras homogéneas para que trabajaran, para que realizaran el programa de redención y bien público que engendró mi candidatura y para cuya realización me llevaron al poder. El país elector, sano y fuerte, vigoroso y sinceramente confiado en sus anhelos de redención y salvación nacional, hizo un supremo y generoso esfuerzo. Mandó al Congreso un grupo numeroso y escogido de gente sana, penetrado de las aspiraciones tan vigorosamente sentidas y exigidas por la opinión nacional. Desgraciadamente, grupos y conglomerados de enemigos fueron bastante hábiles para reducir a la impotencia a los sanos, a los buenos, que eran los más en número y los más débiles en la acción, y el país, la opinión nacional, se sintió nuevamente decepcionada con la actitud de la Cámara política. Un frío de muerte corrió por todos los ámbitos del país ante el espectáculo degradante y doloroso presentado por la nueva Cámara de Diputados en sus diversas actividades.

Usted, yo, todos, absolutamente todos, hemos sentido en el rostro y en el alma el frío del desaliento. La Cámara que el país eligió para trabajar, para realizar el anhelado programa nacional de redención y salvación públicas, no correspondió a las esperanzas que la generaron.

El Congreso que esperábamos cual nuevo Mesías, fué igual a los anteriores, peor todavía que los anteriores. El país entero sintió la más amarga y cruel de las decepciones. La opinión pública unánime de todos los

partidos, comprendió que estaba en presencia de una enfermedad grave e incurable.

Con toda rudeza, con franca rudeza, pinté en vivos colores al Congreso la gravedad de la situación, las responsabilidades supremas que sobre ellos pesaban. Les dije lo que el país les pedía y exigía; les llamé la atención sobre el compromiso solemne que tenían contraído con el electorado nacional; aun más, les anuncié la hecatombe.

Era una visión clara, neta, del porvenir. No fui oído; para los grupos de los audaces que dirigían e imponían, contaminados con el ambiente putrefacto de la capital y de su tradicional politiquería preñada de uiezquindades, intrigas y bajezas, aquellas eran palabras mías, amenazas insubstanciales y pueriles.

El grupo numeroso, pletórico de buena gente, que impregnados del sentimiento y de las verdaderas aspiraciones nacionales, quisieron y querían trabajar, fueron arrollados, vencidos, quedaron en el campo impotentes para resistir a la avalancha avasalladora de los agentes del desorden y de los encanallados por el ambiente nauseabundo que desde hace tantos años inspiraba la politiquería santiaguina.

Este malestar, lo sentía el país. La opinión pública bullía unánime de indignación contra toda esa farándula que se agitaba en el recinto del Congreso.

Vino entonces la necesidad urgente para el Gobierno de obtener los ciento diez millones de subsidios para atender el pago de las más urgentes y penosas de sus necesidades: policías, carabineros, ejército, armada, profesores de instrucción primaria, proveedores, empleados públicos, etc., etc.. Jamás el Gobierno de Chile atravesó por una situación más aflictiva y angustiosa.

El proyecto empezó a encontrar grandes obstáculos, inmensos obstáculos. Sin embargo, la situación se agravaba por momentos. El presidente de la República clamaba, imploraba, sentía bajo sus pies el crujido del

cataclismo que, de un momento a otro, por cualquiera parte podía estallar como consecuencia inevitable de la situación de penuria y angustia nacional producida por la suspensión o retardo en el pago de las cuentas fiscales.

Los obstáculos al proyecto provenían unos de envidias o malas pasiones de quienes no querían dar un triunfo a los Ministros en ejercicio; otros, de intereses pecuniarios inconfesables, y los más, obedecían al deseo de aprovechar la solemne y gran oportunidad para presionar al Gobierno a fin de que, urgido por la necesidad, arrancara al Senado la dieta parlamentaria. Aspiración justa, necesaria, indispensable, pero profundamente inoportuna en momentos de hambre, miseria y angustia nacional. Mil veces más condenable era todavía que los diputados, rifle en mano, pistola al pecho, con exigencia que jamás gastaron para otro asunto, presionaran al Gobierno y al Senado para que en el hecho *les pagaran sus votos* y su cooperación mediante el despacho de la dieta, como paso previo para votar los subsidios salvadores.

Esto lo sintió el país en medio de la más profunda y sincera indignación. Creo que, fuera de los interesados, no había en todo Chile un solo habitante que no condenara tales procedimientos y la inoportunidad del despacho de la dieta, contra la cual quince días después y una vez que se hubieran efectuado los pagos fiscales, nadie habría dicho nada y ni siquiera hubiera parado mientes en el asunto.

Mis palabras, mis súplicas, mis protestas, no fueron tampoco oídas en esta situación y me limité a obtener de mis amigos personales Jaramillo y Saavedra que no cooperaran a algo que, en las actuales circunstancias, podría resultar una hecatombe y un desastre. Con buenas o malas razones, el hecho es que la opinión unánime, sin discrepancia y fuera de los interesados, condenaba enérgicamente la actitud parlamentaria.

Tal era el ambiente público: profundo descontento e irritación contra el Parlamento e indignación verdadera por sus últimas actuaciones.

¿Qué pasaba mientras tanto en el ambiente militar? Aquí vienen detalles ignorados y de mucho interés para aquilatar debidamente las cosas.

Hace mucho tiempo que se sentía en el ejército un malestar profundo entre los jefes y oficiales de la guarnición de Santiago por lo exiguo de los sueldos y por la lentitud en los ascensos.

Le anticipo que, a mi juicio, ambas cosas eran justas, porque, debido al encarecimiento de la vida, era absolutamente imposible mantener a los jefes y oficiales en los sueldos que ganaban.

Para salvar esta situación y para conjurar los males consiguientes que de allí pudieran derivarse, llamé sucesivamente al Ministerio de la Guerra a Ewing, en seguida a Altamirano, a Brieba y después a Mora. Como yo no era técnico ni entendido en materias militares, quería que un hombre de la profesión arreglara el asunto en forma conveniente. Altamirano formuló y mandó al Congreso varios proyectos, Brieba mandó otros, modificándolos, y unos y otros eran fuertemente criticados y resistidos por los oficiales subalternos de la guarnición de Santiago, que en casinos, clubs y reuniones criticaban con acritud a los generales, a quienes acusaban de dictar leyes favorables a ellos y no a la oficialidad.

Fué precisamente para atender este clamor que yo llevé a Mora al Ministerio.

Además, tan pronto como triunfó la Alianza y empezó a funcionar la actual Cámara, llamé a los comités para que se ocuparan de las leyes militares. El General Brieba solicitó preferencia para esos proyectos. La oposición, que lo acusaba con crueldad e irritación de haber favorecido a la Alianza, lo agredió con enoñamiento y el grupo audaz de esta última combina-

ción, olvidando la lealtad debida a la angustiada situación que los enemigos creaban a Briebe, hizo, sin embargo, causa común con los agresores, y en forma despectiva e irritante para el ejército, declararon que no era posible pensar en aumentar sueldos a los militares cuando todo el mundo se moría de hambre. En el fondo, esta actitud era simplemente el eterno deseo de combatir y apurar la salida de un Ministerio; pero, en el hecho, injuriaron groseramente al ejército, lo hicieron con expresiones despectivas y, más todavía, le infirieron una herida mortal en el estómago. No le dieron algo que era justo y a la denegación de justicia, agregaron la injuria.

El ejército silenció. Pero los oficiales subalternos de Santiago siguieron agitándose y murmurando en sus casinos, provocaron reuniones permanentes y continuadas en la Escuela Militar, en la Escuela de Caballería y en la Academia de Guerra, en donde se hablaba con procaicidad contra el Congreso, interpretando el sentir público, y como el cojo culpa al empedrado, culpaban también con acritud y encono a los generales que hacían proyectos para ellos, al general Briebe que había sido incapaz de defenderlos, según ellos, y naturalmente era pasto de las conversaciones, reuniones y confabulaciones el Presidente, que no tenía energía bastante para dominar y gobernar la mayoría, de cuya elección se le hacía responsable.

Así, poco a poco, los oficiales subalternos, unidos en un solo interés y ligados fuertemente por un odio común, el Congreso que les había negado el pan y que los había injuriado, fueron estrechándose, solidarizándose, acercándose para defender su interés contra el Congreso, contra los generales y contra el gobierno. El pensamiento fué común y la solidaridad y la cohesión se hicieron solas.

Así las cosas, vino la presencia de cincuenta oficiales en la galería del Senado para protestar unida-

mente de la actitud de un Congreso que les negaba sueldos a ellos por economía y que se los decretaba para sus miembros. Una publicación, "Los Sucesos", con indiscreción inconsciente, divulgó opiniones de algunos Ministros que pedían severidad y exterminio contra los irrespetuosos del parlamento, sin percatarse de la gravedad de la situación. Los oficiales, exaltados y envalentonados por la solidaridad que se había producido desde hace tanto tiempo, se irritan más, concurren en mayor número, el Ministro de la Guerra los hace salir, obedecen murmurando, otro Ministro les dice palabras merecidamente duras, se van al Club; desgraciadamente, al amigo Mora, con santa y buena intención, se le ocurre ir allá y no lo tratan con el debido respeto. Las conversaciones de los casinos, las palabras gruesas pronunciadas en las reuniones secretas, hacen explosión, salen a la superficie, se piensa fuerte, la insubordinación se produce, sin concierto previo, sin rumbo, sin finalidad, es sólo la explosión airada de un sentimiento colectivo de malestar personal de un grupo de oficiales y que, desgraciadamente, responde al ambiente general de la opinión en cuanto se refiere al encono contra el Congreso.

El temor al castigo ante la insubordinación los hace unirse más, estrechan filas, los que pensaban como ellos se congregan a impulsos del interés y del peligro común, el número aumenta, todos gritan y la revolución está hecha, espontánea, sin concierto previo.

Ha nacido de un interés y de un odio: el interés de los oficiales subalternos de mejorar su situación pecuniaria y el odio contra el Congreso que les negó amparo y que los injurió.

Empezó así la rebelión. Como usted ve, la hizo estallar entre los oficiales subalternos de la guarnición de Santiago el mismo e igual móvil que ellos censuraban en los congresales: el deseo de lucro y de una mayor remuneración pecuniaria.

Desde ese momento se produjo en el Club Militar una exaltación muy grande. Los oficiales, que habían estallado y que apretaban filas cada vez más para defenderse del posible castigo de la insubordinación, permanecieron constante y permanentemente reunidos, vociferando, discursando y amenazando.

Los generales, que conocían perfectamente el sentir de los oficiales respecto de ellos, y los jefes de los cuerpos, que en el fondo compartían en todo las aspiraciones y los deseos de sus oficiales, se aproximaron al movimiento, fueron al Club, fraternizaron con sus oficiales, les era necesario e indispensable marchar con el movimiento para evitar que los atropellara”.

Estos fragmentos, que más que de una carta personal parecen capítulos arrancados a la historia viva de unos días dramáticos, dan la medida de lo que comenzaba a ser esa revolución en marcha, que ya nadie iba a poder atajar.

En efecto, queremos hacer caudal de nuestros recuerdos para rehacer la crónica de las escenas que se siguieron, sobre todo la de los días 5 y 6 de septiembre, decisivos en un momento de la vida nacional. Confrontando los apuntes de nuestras recientes conversaciones con don Arturo Alessandri, las cartas que obran en nuestro poder y los testimonios de algunos de los oficiales que actuaron como testigos en la entrevista sostenida por la oficialidad con el Presidente de la República, hemos podido hilvanar la relación que sigue, expresión exacta de los hechos tal y como ocurrieron.

Mientras la junta, exaltada, deliberaba en el Club Militar, el Ministro Altamirano fué a palpar de cerca la situación, a fin tal vez de disuadirles, ofreciéndoles su ayuda a los oficiales. Fué ése un paso generoso, pero que no consiguió ningún resultado. Al movimiento de la oficialidad joven hubieron de plegarse los jefes, hasta los propios generales para no ser arrastrados por el movimiento que se precipitaba como un turbión que

podía arrastrarlo todo. El ejército unido, no pedía ya sino que exigía el despacho de las leyes pendientes en el Congreso. Con esta bandera en alto llegaron hasta el Presidente de la República tenientes, capitanes, comandantes, con el propio coronel Ahumada, Director a la sazón de la Escuela Militar, y todos los jefes de las unidades de la guarnición de Santiago.

¿Qué se dijo en esa reunión? ¿Fué ella, según se ha dicho, un perfecto desacato a la disciplina?

Después que el coronel Ahumada, en forma elevada y respetuosa, le manifestó al Presidente que existía un malestar hondo en el ejército causado por el desgobierno que imponían el Congreso y la política y que deseaban imponer personalmente al Presidente de la República, como generalísimo del Ejército, de sus aspiraciones, habló el teniente Lazo, con lo cual cualquiera podía advertir inmediatamente que en ese movimiento prevalecía el elemento joven por sobre la jerarquía de los grados militares.

Las peticiones formuladas por el teniente Lazo podían resumirse en los siguientes puntos: que se dicten las leyes que establecen el impuesto progresivo sobre la renta, las leyes militares de aumento de los sueldos para la tropa y las clases, la de caja de retiro, de ascensos; que se vete la dieta parlamentaria; que se despachen la Ley de Presupuestos, el Código del Trabajo y la ley de Empleados Particulares; que renuncien tres de los Ministros, que habían injuriado al ejército.

En ese momento, el Presidente de la República se encontraba, en realidad, desarmado ante la unión de las fuerzas militares, a las cuales se habían plegado también la de Carabineros. Sólo podía escuchar tales peticiones procurando evitar mayores daños en bien del país, que se encontraba al borde mismo del abismo revolucionario. En vano hubiera sido pretender oponerse a un hecho que parecía consumado y contra el cual el Gobierno carecía de fuerzas inmediatas que le permi-

tieran contrarrestarlo. Recogiendo la expresión terminante de aquellas peticiones, el Presidente le hizo presente a la oficialidad que aceptaba vetar la ley de la dieta y tácitamente cuanto se refería a las restantes peticiones que constituían puntos capitales de su programa, con excepción de la que reclamaba la renuncia de los Ministros, que estimaba inconveniente y contraria a la más elemental disciplina. Sin embargo, para extremar su ánimo conciliador, hizo llamar al Ministro del Interior, don Pedro Aguirre Cerda, ante quien les pidió que hicieran valer tal petición.

Vehemente hasta la imprudencia se reiteró la petición en forma irrespetuosa, y mientras el jefe del gabinete prometía consultarse con sus colegas para constatarles luego, el teniente Lazo le respondió que habían venido al Presidente como Generalísimo del ejército y no a él, con quien no deseaban entenderse. "Por lo demás, terminó el teniente Lazo, no hemos venido a pedir, sino a exigir".

Esa expresión, que traducía el ánimo del ejército en ese momento aun cuando no pocos de los oficiales no participasen de procedimientos que tenían el carácter de abierto desacato a las autoridades, daba la medida de cuál era el ánimo de un movimiento que tenía la decisión de una actitud violentamente revolucionaria.

Nos ha referido el propio Presidente de la República que, para terminar de una vez con una escena desdolorosa para la dignidad de la Presidencia de la República y para la consideración de que siempre había gozado el ejército, resueltamente le hizo presente a la oficialidad que tanto el alto cargo que servía, como su vida, eran cosa que bien poco le importaban en ese momento, que estaban en manos de ellos, pues disponían de la fuerza, pero que él era depositario de algo que valía mucho más que todo eso, su dignidad personal. Y en nombre de ella y ante la palabra que se acababa de pronunciar, les decía que habían terminado y podían retirarse.

Hubo protestas formales de adhesión al Presidente en ese momento, voces que reiteraban excusas por aquella expresión que traicionaba el pensamiento de quien no pudo ser movido por el ánimo de ofenderle, y aun alguno de los oficiales presentes, le aseguró que ellos iban a ofrecerle su concurso para que llevara a cabo su programa y para que pasara por sobre los obstáculos que le presentaban a su gobierno. Todos los jefes de las unidades de la guarnición aprobaron esas expresiones, que rubricaron con el testimonio personal la adhesión individual.

Pudo creer en ese momento el Presidente Alessandri que se había salvado el peligro en un momento de eordura, ya que la oficialidad iba a prometerle volver a sus cuarteles después de considerar conseguidos sus levantados propósitos.

Sin embargo, no siempre prevalece el buen juicio cuando los que le han dado un impulso violento a una situación como la que se creó el 6 de septiembre, no están dispuestos a enmendar los yerros en que acaban de incurrir. La oficialidad joven, que comenzó por asistir a la barra de la Cámara, pudo darse cuenta bien pronto que era dueña de la situación y que tenía el poder en sus manos con sólo extremar un paso más aquel movimiento. Mientras el Presidente podía creer salvados los principios del gobierno, aunque tras todo lo ocurrido en los últimos días, asistencia a la Cámara de la oficialidad, vejamen al Ministro de la Guerra en el Club Militar, falta del respeto debido al propio Presidente y al Ministro del Interior en la entrevista del día 6, el comité militar seguía reuniéndose, a pesar que el general Altamirano había prometido que la Constitución sería respetada y la oficialidad no seguiría deliberando.

Entretanto, habían presentado su renuncia los Ministros y organizaba un nuevo Gabinete el general Altamirano, Inspector General del Ejército, que parecía

ser en ese momento el árbitro de la situación ante los militares. De tal manera, el Presidente correspondía a los deseos del ejército y garantizaba su anhelo de obtener el pronto despacho de las leyes que ellos reclamaban. Antes de prestar su juramento dos de los Ministros (1), plantearon, como cuestión previa, si se iba a respetar la Constitución y las leyes, y si la junta militar estaba de hecho o se iba a disolver inmediatamente. El jefe del gabinete, sin vacilaciones, prometió que tan pronto jurase el Ministerio, obtendría la disolución del comité de oficiales. Por otra parte, ese mismo día, el almirante Nef le declaraba esto a un periodista porteño y a un corresponsal de la prensa de Buenos Aires.

Es indudable que el general Altamirano se anticipaba tal vez a ofrecer lo que él imaginaba que podría cumplir, apelando a la hidalguía y a la disciplina de la oficialidad joven, ya que los jefes estaban más cerca de él para comprender y acatar sus propósitos.

Sin embargo, transeurrieron aún dos días, y era voz pública que el Comité Militar continuaba en acción. Quien aseguraba que aguardaba el despacho de las leyes en su totalidad para disolverse, quien decía que más que nunca la oficialidad se sentía fuerte en su unión y no menos descontenta con el rumbo que tomaban las cosas.

Entretanto, la mayoría parlamentaria accedía a las imposiciones de esa hora crítica, resolviéndose a votar las leyes que se reclamaban por manera tan perentoria. Haciendo un sacrificio de sus atribuciones y también de su dignidad ante la amenaza de aquella verdadera espada de Damocles que podía cercenarlo todo de un tajo pronto, después de una sesión prolongada, a la cual sólo concurrieron los representantes de la Alianza Liberal, se votaron las leyes el día 8, sin discusión, en pliego cerrado, con la protesta de los representantes de

(1) Don Gregorio Amunátegui y don Angel Guarello.

los partidos de la Unión Nacional que, por oposición al Gobierno y sin miedo a las contingencias creadas por la situación militar, consignaron su repudio de esa actitud.

Nada se había avanzado con todo lo obtenido porque, mientras el Presidente de la República allanaba las dificultades accediendo y contribuyendo a eliminar todos los obstáculos, el Comité Militar, sin temores ya, anunciaba públicamente, que seguiría actuando mientras no se terminara la depuración política y administrativa que reclamaba terminantemente la oficialidad.

Esa actitud indicaba la actitud inmediata que debía asumir el Ejecutivo. Era la imposición de la fuerza, la autoridad de la espada sin contrapeso. Constituido en sesión permanente el Comité Militar, ya no pensó en acudir ante el Presidente de la República, porque comenzaba a actuar de su cuenta, decretando prisiones (1) y no ocultando ya sus propósitos para asumir la responsabilidad ante los hechos que se sucedían hora tras hora.

El día 8 de septiembre, el Presidente de la República le hizo presente a sus Ministros el firme propósito de presentar su renuncia, que ya tenía redactada. El Ministro del Interior, ese mismo día a las once de la noche, en el Consejo que se celebró como última resolución de gobierno, dió a conocer un pliego del General Blanche, quien, a nombre del ejército, le pedía al Presidente que no insistiera en presentar su renuncia, proponiéndole, en cambio, que solicitara permiso para salir, con todos los honores, del país.

En más de una ocasión nos ha referido las históricas incidencias de esa noche don Arturo Alessandri. Con ánimo de conciliación, una conciliación que sólo podía tener el carácter de una verdadera abdicación de toda dignidad, los Ministros no sólo no rechazaron las

(1) La de don Julio Bustamante.

proposiciones de la rebelión armada, que atropellaba la Constitución y la ley, sino que la aceptaban como un derivativo para esa situación de hecho. El almirante Nef, movido por un propósito que tal vez suponía evitar mayores males, le suplicó al Presidente que aceptara como un sacrificio patriótico, a fin de evitar la dimisión y con ella mayores e imprevistos males.

Fué así cómo se puso fin a ese acto dramático y trascendental de nuestra historia. Esa noche, después que los Ministros abandonaron la sala de despacho, el Presidente reunió a sus hijos y les pidió que aceptarían la hospitalidad que le ofrecía el Embajador de Estados Unidos, señor Collier. De su asilo sólo iba a salir para dirigirse a tomar el tren que lo iba a conducir al extranjero, en ese ostracismo del cual iba a regresar al cabo de algunos meses, para recibir el mayor de los homenajes que haya podido tener un gobernante en este país.

Tal es la verídica relación de su salida de la Presidencia en 1924. Sólo el Congreso, que rechazó su renuncia, hizo posible que la dimisión no se consumara. Poco más tarde, la misma Junta militar iba a hacerle volver al país, como una reparación contra la actitud de la Junta de Gobierno que presidía el general Altamirano.

Recordando una tarde la emoción de ese regreso, nos dijo don Arturo Alessandri:

—El que dude de mi respeto y de mi amor por la libertad, no tiene más que recordar las cien mil personas que me fueron a recibir ese día y lo que les dije desde los balcones de la Moneda cuando me proponían que me hiciera dictador.

No olvidamos también haber leído una carta escrita por él al presidente del gabinete francés, M. Eduardo Herriot, el ocho de diciembre de ese año 24 de su destierro, en la cual, con motivo de las noticias

que le había pedido sobre las cosas de Chile, después de una entrevista, le decía don Arturo Alessandri: "Los militares quisieron que yo diese un golpe de Estado y que asumiera la totalidad de los poderes públicos. Rechacé lo que repudiaba mi conciencia y todos mis principios de honestidad democrática, presentando mi dimisión para alejarme luego del país. Tan pronto pasé la frontera, un Directorio Militar se organizó y, sin ningún derecho, de propia autoridad, apoyado en la fuerza del ejército que representaba, se constituyó en *poder ejecutivo, legislativo y judicial*. Es la imitación exagerada de la Dictadura española, con una circunstancia agravante. No ha habido en España civiles que consintiesen en compartir la responsabilidad de aquel acto delictuoso de los militares. En cambio, en mi país sí que los hubo. El contagio de los trastornos políticos españoles alcanzó a mi país, que fué siempre el mejor organizado, el más respetuoso de sus instituciones en toda la América Latina".

También en carta escrita desde París, en esos sus días de corto alejamiento del país, el 1.º de noviembre de 1924, después de recordar todas las desgraciadas incidencias de esa página abominable de nuestra historia democrática, anticipándole acaso sus deseos de una futura reforma constitucional que iba a ver realizada un año más tarde, le decía a un amigo íntimo lo siguiente: "Si no queremos reincidir en el porvenir en los escándalos que hemos presenciado durante treinta años, es indispensable, absolutamente indispensable, arrancar y curar el mal de raíz, quitando al Parlamento la facultad de censurar gabinetes, incompatibilizando los puestos parlamentarios con los de Ministro y facultando al Ejecutivo para disolver el Congreso y dar, en caso de conflicto, la palabra al pueblo elector que es en definitiva el supremo y soberano juez, en su carácter de depositario de la soberanía. Si no se quita a los parlamentarios la facultad de imponer y de-

ribar Ministros, si no se quita el aliciente, la tentación y ambición de ser Ministros, continuará siendo absolutamente imposible gobernar en forma eficiente. La estabilidad ministerial no se alcanzará jamás, no obstante que ella es una necesidad de buen gobierno y una aspiración nacional reiteradamente reclamada y ofrecida por nosotros al país en la lucha titánica de 1920 y que no pudimos cumplir" (se refiere a la sistemática oposición política que dificultó la acción de su gobierno, conforme a sus postulados iniciales).

Por último, también en cuantas ocasiones se ofrecieron, una y más veces, en sus discursos, en las frecuentes declaraciones o entrevistas concedidas a los periódicos, Alessandri ha insistido, en todos los tonos, en afirmar que siempre repudió toda idea de tolerar un gobierno de dictadura. "A mí me tentaron por todos los medios posibles e imaginables, le escribía el 17 de noviembre al Embajador de Chile en Washington, don Beltrán Mathieu, para que atropellara la Constitución y las leyes, para que me declarara dictador. Aproveché siempre estos rumores para atemorizar a la gente, para arrancar las reformas que yo creía necesarias; pero, jamás por jamás, acepté destruir la Constitución y las leyes, que representan para un país el mismo rol que los frenos automáticos en un tren que va de bajada y a gran velocidad. Pude ser el jefe del movimiento; pero, si es explicable que el Rey de Italia y el de España hayan pasado por encima de la Constitución para defender una corona y una dinastía, en mi criterio y en mi conciencia no había nada que justificara un procedimiento semejante para defender unos cuantos meses de gobierno que se hacía ya imposible. Debe usted mismo recordar un incidente. Cuando tuve el gusto de viajar en su compañía para el Sur, se encontraba usted dormitando en mi carro, llegó allí Gómez Carreño, y, entre broma y serio, me propuso que formáramos un gabinete organizado por Altami-

rano, Brieba, Gómez Carreño, Fidel Muñoz, Ascanio Bascuñán e Ismael Valdés. El almirante me hablaba de suprimir el Congreso y asumir la suma del poder público. Creí que embromaba, le contesté en el mismo sentido, y pocos momentos después, me parece haberle referido a usted el incidente, manifestándole que si la cosa se pensara en serio, importaría un crimen y una locura, porque, rotos los vínculos morales, creo haberlo dicho, no se sabe la pendiente en que se precipitan los hombres y los acontecimientos, y es imposible medir ni preveer la profundidad de los abismos hasta donde se puede llegar''.

Como yo le preguntase un día si había sido una idea suya la de hacer llamar a la oficialidad a la Presidencia, según se afirma en no pocas versiones publicadas en estos últimos años, él nos declaró:

—Se ha dicho, en efecto y reiteradamente, que yo hice llamar a la oficialidad el día 5 de septiembre, afirmación que es inexacta si se tienen en cuenta las circunstancias en que se produjeron los acontecimientos, que tuvieron por consecuencia mi renuncia de la Presidencia de la República. ¡Cuántas veces uno es el último en saber las cosas que le tocan más de cerca! Es lo que me ocurrió ese día con lo que había sucedido en el Club Militar y que yo vine a conocer detalladamente más tarde.

Le hemos oído referir que el día 5 de septiembre encontró, al anoecer, en una de las galerías de la Moneda, al Ministro de la Guerra, don Gaspar Mora, y al edecán don Pedro Alvarez, visiblemente agitados. Le contaron que la oficialidad joven se encontraba reunida en el Club Militar en un estado de exaltación que hacía sospechar propósitos nada tranquilizadores. Como ellos, tal vez para no alarmarle, no le refirieron todo lo acontecido, es decir, que al Ministro Mora le habían faltado el respeto, el Presidente le dijo a su Edecán que algunos de los oficiales fueran a conver-

sar con él para conocer de cerca cuáles eran sus aspiraciones. Así ocurrió esa misma noche con la visita de tres oficiales, quienes le impusieron de los deseos del ejército, y así fué como también recibió al día siguiente a los miembros de la junta militar, cuya actuación ante el Presidente se ha relatado ya.

Claro está que esta actitud parece bien explicable, pues el Presidente ignoraba el día anterior lo que en verdad había ocurrido en el Club Militar con el Ministro de la Guerra. Es decir que, cuando por segunda vez acudió la oficialidad a las galerías de la Cámara, la habían hecho abandonar el recinto del Congreso, siendo el propio Ministro de la Guerra uno de los que habían tomado esa actitud, lo cual no le pareció que pudo ser inconveniente, confiado en su amistad y camaradería con la oficialidad, para que, en la tarde, con el ánimo de poder conciliar los ánimos ya muy exaltados, llegara hasta el Club Militar donde se encontraba la oficialidad (un té dado por los tenientes a los capitanes de la guarnición) reunida, la que lo había tratado en forma inconveniente, faltando a la sumaria disposición de la disciplina.

Seguramente las cosas debieron y pudieron ocurrir de otra manera si hasta el conocimiento del Presidente hubiera llegado la relación exacta de cuanto había sucedido esa tarde en el Club. Pero, es dable pensar que la historia suele ser a menudo ciega para que haya voluntad previsora que pueda anticiparse a su destino.

A veces, después de nuestras conversaciones con don Arturo Alessandri y tras de compulsar cartas y papeles oficiales o de repasar los testimonios consignados por los periódicos, nos hemos preguntado: ¿Por qué razón los tres oficiales que en la noche del 5 de septiembre fueron a hablar con el Presidente, no formaron parte, al día siguiente, de la numerosa delegación que componía la junta militar, que acudió al llamado del Presidente hecho por su intermedio?

Don Heraclio Valenzuela, a la sazón capitán, encabezó la primera delegación de oficiales que fué a la Moneda, y él nos ha dicho que, después de explicarle al Presidente el descontento de la oficialidad del ejército ante la situación porque atravesaba el país, comprendieron la necesidad de constituir inmediatamente una junta militar que podría hacerle presente sus deseos en un pliego de peticiones formales. Pero, como quiera que ellos tardaran en organizar la junta esa misma noche, el comandante Ibáñez lo hizo auxiliado por un grupo de su oficialidad y de sus amigos de más confianza. Fueron los miembros de ese comité los que celebraron la entrevista del día 6 y que, dos días más tarde, precipitaron su salida de la Moneda.

Por su parte, otro distinguido oficial que actuó en los acontecimientos de esa hora, nos ha hecho presente que la actuación del comandante Ibáñez se explica por el hecho de que casi todo el movimiento de la oficialidad joven se apoyaba en la Escuela de Caballería, de la cual era su jefe.



COLECCION BIBLIOTECA ERCILLA

MATERIALISMO HISTORICO E INTERPRETACION	
ECONOMICA DE LA HISTORIA, por Henri Sée. . .	\$ 6.00
BREVE HISTORIA DEL MUNDO, por H. G. Wells . .	\$ 12.00
UNA TEORIA SEXUAL Y OTROS ENSAYOS, por Freud	\$ 14.00
LENIN, por F. Ossendowski. Edición de lujo \$ 22. Edición económica	\$ 19.00
LA QUINTRALA Y SU EPOCA, por Aurelio Díaz Meza. Escrita especialmente para la "Editorial Ercilla"	\$ 12.00
VIDA DE SAINT-JUST, por Emmanuel Aegerter . . .	\$ 8.00
HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, por Walter Goetz	\$ 20.00
EL ENIGMA DE LA MANO, por Madame de Thébes .	\$ 10.00
LA AMERICA BARBARA, por Emilio Rodríguez Mendoza	\$ 14.00
ASI HABLO ZARATUSTRA, por Federico Nietzsche . .	\$ 12.00
PSICOLOGIA DE LAS MASAS Y ANALISIS DEL YO, por el Prof. Freud	\$ 12.00
VOLTAIRE, por André Maurois	\$ 6.00
MUSSOLINI Y EL FASCISMO, por el prof. Ferdinand Güterbock	\$ 6.00
UNA NUEVA EDAD MEDIA, por Nicolás Berdiaeff . .	\$ 7.00
RECUERDOS DE UN SOLDADO. EL EJERCITO Y LA POLITICA, por el general Carlos Sáez Morales, tomos I y II, cada uno	\$ 9.00
ESQUEMA DEL PORVENIR, por H. G. Wells	\$ 12.00
¿QUIEBRA DE LA DEMOCRACIA?, por H. G. Wells	\$ 10.00
FUNDAMENTOS DE LA POLITICA, por Hans von Eckhardt	\$ 6.00
HISTORIA DEL INTERNACIONALISMO OBRERO, por Lewis L. Lorwin	\$ 14.00
JOSE MIGUEL CARRERA, por Augusto Iglesias . . .	\$ 20.00
PEREZ ROSALES, por Emilio Rodríguez Mendoza . .	\$ 8.00
LOS PROBLEMAS EDUCACIONALES, por el General Mariano Navarrete C.	\$ 20.00
LA VERDAD SOBRE ALEMANIA (Bajo la ola hitlerista), por Philippe Barrés	\$ 8.00
ALEMANIA VISTA POR DENTRO, por André Germain	\$ 10.00
AÑOS DE DECISION, por Oswald Spengler	\$ 12.00
NELSON, por G. Edinger y E. I. C. Neep	\$ 12.00
LA CRISIS MUNDIAL, por Raúl Simon	\$ 6.00

COLECCION BIBLIOTECA SELECTA

GOG, por G. Papini	\$ 6.00
LA VIDA COMIENZA MAÑANA, por Guido Da Verona	\$ 6.00
LA QUE NO SE DEBE AMAR, por Guido Da Verona	\$ 6.00
SUERTATE LA TRENZA MARIA MAGDALENA, por Guido Da Verona	\$ 6.00
LA MUERTE DE MATA HARI, por Guido Da Verona	\$ 6.00
INMORTALICEMOS LA VIDA, por Guido Da Verona .	\$ 6.00

EL AMOR DE PASCA, por M. Dally	\$ 3.00
FLOR DE DURAZNO, por Hugo Wast	\$ 3.00
LA CASA DE LOS CUERVOS, por Hugo Wast	\$ 3.00

COLECCION ERCILLA

VERSOS PARA RECITAR, (selección)	\$ 4.00
LA CANCION DE SIEMPRE Y DE NUNCA, por Guido Da Verona. (3.a edición)	\$ 3.00
MILLONARIOS A LA FUERZA, por F. Oppenheim	\$ 2.50
DAVID GOLDER, por Irene Nemirowski	\$ 2.50
EL ASEGINATO DEL ARBOL ANTIGUO, por Guido Da Verona	\$ 3.00
EL CAUDILLO, por Claude Farrere	\$ 3.00
LOS PROGRESOS DEL PLAN QUINQUENAL, por Knickerbocker	\$ 3.00
CONVERSACIONES CON MUSSOLINI, por Emil Ludwig	\$ 3.00
EL SEÑOR DE PHOCAS, por Jean Lorrain	\$ 3.00
CORAZONES SIN RUMBO, por Pedro Mata. (Extra)	\$ 5.00
LA TRAGEDIA DE MAYERLING, por Claude Anet	\$ 4.00
CASANOVA, por Stefan Zweig	\$ 4.00
LA FAMILIA PERLMUTTER, por Panait Istrati y Josué Jehouda	\$ 4.00
EL ROSARIO, por Florencia Barclay	\$ 4.00
LA ISLA DE LOS PINGÜINOS, por Anatole France	\$ 4.00
BESTIAS, HOMBRES, DIOSSES, por F. Ossendowski	\$ 4.00
LA MUJER QUE HABIA EN EL, por Maurice Rostand	\$ 4.00
EL CORAZON DE LA REINA HORTENSIA, por H. Bordeaux	\$ 4.00
CHARLAS CON LA EMPERATRIZ EUGENIA, por M. Paleologue	\$ 4.00
LUCRECIA BORGIA, por F. Funck Brentano	\$ 4.00
EL DERECHO DE LA MUJER AL AMOR, por el Dr. F. Bourgas	\$ 4.00
SIN FLORES DE AROMO, por Panteleimon Romanoff	\$ 4.00
LOS ULTIMOS DIAS DE MARIA ANTONIETA, por Franz Funck-Brentano	\$ 4.00
EN AMERICA, por André Maurois	\$ 4.00

COLECCION GRANDES OBRAS

VIEJA Y NUEVA MORAL SEXUAL, por B. Russel. (2.a edición)	\$ 5.50
COMPENDIO DE SOCIOLOGIA, por L. F. Ward	\$ 5.50
VIDA INSIGNE DE RABELAIS Y CHUSCAS HAZAÑAS DE PANTAGRUEL, por Anatole France	\$ 5.00
NAPOLEON, por Emil Ludwig	\$ 12.00

COLECCION NOVELA AUDAZ

EL RAYO DE LUNA, por Alvaro Retana	\$ 1.60
CARTAS DE AMOR, por Marcel Prevost	\$ 1.60

DOS QUERIDAS, por A. de Musset	\$ 1.60
EL AMANTE DE LADY CHATTERLEY, por D. H. Lawrence	\$ 10.00
LA DEFENSA DE LADY CHATTERLEY, por D. H. Lawrence	\$ 1.60
UNA MUJER DE FUEGO, por René Samblón	\$ 1.60
VIDA DE LAS CASADAS Y DE LAS CORTESANAS, por Pedro Aretino	\$ 1.60
LA SONATA A KREUTZER, por León Tolstoi	\$ 1.60
EL PESCADOR DE ESPONJAS, por Panait Istrati	\$ 2.00
EL JARDIN DE EPICURO, por Anatole France	\$ 2.00
NOCHES DE MONTMARTRE, por M. Dekobra	\$ 2.00
UN AMANTE DEMASIADO AMADO, por R. Dunan	\$ 1.60
ZEINEB, LA CORTESANA, por Nahid-Bey	\$ 2.00
ISLA, MI ISLA, por D. H. Lawrence	\$ 2.00
UN CRIMEN, por Antón Chejov	\$ 2.00

COLECCION NOVELA ROSA

GINETTE, LA JOVENCITA MODERNISTA, por Henty Bordeaux	\$ 2.00
ESCLAVA O REINA, por M. Delly	\$ 2.00
UNA HISTORIA DE AMOR BAJO EL SOVIET, por R. des Fourniels. (2.a edición)	\$ 1.40
EL BAILARIN MUNDANO, por Paul Bourget, (2.a edición)	\$ 1.40
UNA TITA MODERNA, por B. Ruck, (2.a edición)	\$ 1.40
¡OLVIDADO! por Pierre Benoit (2.a edición)	\$ 1.40
EL NOVIO, por López Roberts	\$ 1.40
EL MAYORAZGO DE HALLEBORG, por A. von Hedenstjerna	\$ 1.40
JUSTA Y RUFINA, por J. F. Muñoz y Pabón	\$ 1.40
ELLAS LOS PREFIEREN, por Pepita Lis	\$ 1.40
MARIA LA DE LOS CABELLOS DE ORO, por A. von Hedenstjerna	\$ 1.40
LA ENFERMERA, por Berta Ruck	\$ 2.00
UNA HORA DE FLIRT, por William Morton	\$ 2.00
POR UN PIOJO, por el P. Luis Coloma	\$ 2.00
EL ANILLO DE PROMETIDA, por J. M. Folch	\$ 2.00
EL ENCANTO DE UN VALS, por Selma Lagerloff	\$ 2.00

COLECCION NUEVA ERCILLA

ELENA WILLFUER, por Vicky Baum	\$ 4.40
EUROPA EN DELIRIO 1934, por Hanns Gobsch. (Extra)	\$ 6.00
LA BANCARROTA DEL MATRIMONIO, por F. V. Calverton	\$ 4.40
LAS DICTADURAS EUROPEAS, por el conde de Sforza	\$ 4.40

COLECCION EUROPA

EL PRECIO DE LAS COSAS, por Elinor Glyn	\$ 4.00
TRES SEMANAS DE AMOR, por Elinor Glyn	\$ 4.00

RASPUTIN, por Arón Simanovitch, su secretario privado	\$ 4.00
EL MIEDO DE VIVIR, por Henri Bordeaux	\$ 6.00
EL DELITO DE TODOS, por Eduardo Zamacois	\$ 6.00
UN GRITO EN LA NOCHE, por Pedro Mata	\$ 6.00

COLECCION CONTEMPORANEOS

RETRATOS LITERARIOS, por Raúl Silva Castro	\$ 5.50
UN MILAGRO, TOYA por Alberto Romero	\$ 5.50
DE MI TIERRA Y DE FRANCIA, por Eduardo Balmaceda Valdés	\$ 10.50
EL ADVENIMIENTO DE PORTALES, por A. Díaz Meza	\$ 6.50
SIN BRUJULA, por Domingo Melfi	\$ 2.20
CAIN, ABEL Y UNA MUJER, por Daniel de la Vega..	\$ 3.00
5 NOVELAS DE AMOR, por Augusto Iglesias..	\$ 4.00
CONFESIONES DE ENRIQUE SAMANIEGO — RECUERDOS LITERARIOS, por Fernando Santiván..	\$ 6.00
DOS HOMBRES Y UNA MUJER, por Jacobo Danke..	\$ 3.00

COLECCION ESTUDIOS ERCILLA

LA POLITICA, por Aristóteles, 2 tomos	\$ 4.40
GUERRA O REVOLUCION, por Georges Valois	\$ 2.20
DESDE LA BODA HASTA EL AMOR, por el Prof. Lobel..	\$ 2.20
DERECHO A MORIR, por Luis Jiménez de Asúa..	\$ 1.40
EL PRINCIPE, por Maquiavelo	\$ 3.00

COLECCION POPULAR ERCILLA

INTERESES CREADOS, por Jacinto Benavente	\$ 2.00
LA MUJER EN EL AMOR Y LA VOLUPTUOSIDAD, por Dr. Tairens (2.a edición)	\$ 1.60
EL ENIGMA DE LA MUJER, por Dr. Pierre Vachet..	\$ 1.60
LIBERALISMO Y JACOBINISMO, por J. E. Rodó..	\$ 1.60
DECADENCIA DE LA LIBERTAD, por Daniel Halevy	\$ 1.60
PAN, por Knut Hamsun	\$ 1.60
LA AMADA INMOVIL, por Amado Nervo	\$ 1.60
AZUL... por Rubén Darío	\$ 2.00
365 RECETAS DE COCINA PRACTICA	\$ 2.00
RIMAS, por Gustavo Adolfo Bécquer	\$ 2.00
EL APETITO SEXUAL, por Dr. Augusto Forel	\$ 2.00
ARIEL, por José Enrique Rodó	\$ 2.00
EL JARDINERO, por Rabindranath Tagore	\$ 2.00
ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, por José Ingenieros	\$ 2.00
EL BESO AL LEPROSO, por Francois Mauriac	\$ 2.00
ALGUNAS IDEAS SOCIALISTAS, por Oscar Wilde	\$ 2.00
UNA MUJER SIN IMPORTANCIA, por Oscar Wilde..	\$ 2.00
TALLERES AMERICANOS, por Andre Maurois	\$ 2.00
REGLAS MORALES DE BUENA EDUCACION.	\$ 2.00

EL HOMBRE Y LA MAQUINA, por Nicolás Berdiaeff	\$ 2.00
AVENTURAS DE UNA NEGRITA QUE BUSCABA A DIOS, B. Shaw	\$ 2.00
INFANCIA, por A. France	\$ 2.00

COLECCION JUVENIL ERCILLA

MARIA ANTONIETA, por C. Eulate	\$ 1.20
LA ILIADA, por M. L. Morales	\$ 1.20
BENJAMIN FRANKLIN, por J. Baeza	\$ 1.20
HISTORIAS DE SHAKESPEARE, por M. L. Morales	\$ 1.20
DE VALPARAISO A LA ISLA VERDE, por Tancredo Valleray	\$ 2.00
LA CAVERNA DEL MERCURIO, por Tancredo Valleray	\$ 2.00

COLECCION EUREKA (AVENTURAS)

POR LA TIERRA DEL PROFETA, (El rastro perdido)	\$ 2.00
ENTRE LOS PIELS ROJAS (El Cazador de la Pam- pa), por Karl May	\$ 2.00
EL HACHA DE LA GUERRA, por Karl May	\$ 2.00
LA VENUS COBRIZA, por Karl May	\$ 2.00
LA MONTASA DEL ORO, por Karl May	\$ 2.00
EL KLU-KLUX-KLAN, por Karl May	\$ 2.00
APACHES Y COMANCHES, por Karl May	\$ 2.00
LOS GAMBUSINOS MEJICANOS, por Karl May	\$ 2.00
LA VENGANZA DEL CAUDILLO, por Karl May	\$ 2.00
LOS SALTEADORES DE TRENES, por Karl May	\$ 2.00
EN LA BOCA DEL LOBO, por Karl May	\$ 2.00
LA MUERTE DEL HEROE, por Karl May	\$ 2.00
EL TESTAMENTO DE WINNETOU, por Karl May	\$ 2.00
LOS HIJOS DEL ASESINO, por Karl May	\$ 2.00
EL PULPITO DEL DIABLO, por Karl May	\$ 2.00
LA CASA DE LA MUERTE	\$ 2.00
LA ESTATUA DE WINNETOU	\$ 2.00
LOS LADRONES DEL DESIERTO	\$ 2.00

COLECCION VIDA CHILENA AUTORES CHILENOS

HOLZ, MELANTUCHE Y OTROS AMIGOS, por Daniel de la Vega	\$ 2.20
LA EDAD DEL ORO EN CHILE, por Benjamín Vicuña Mackenna, 2 tomos	\$ 4.40
RECUERDOS DE TREINTA AÑOS, por Zapiola	\$ 2.20
LA VIUDA DEL CONVENTILLO, por Alberto Romero	\$ 2.20
PAGINAS DE SANGRE DE LA HISTORIA DE CHILE, por Riquelme	\$ 2.20
RIQUEZAS DE LOS ANTIGUOS JESUITAS DE CHILE, por D. Barros Arana	\$ 2.20
MEDICOS DE ANTAÑO, por Benjamín Vicuña Macken- na	\$ 2.20
FECHAS APUNTADAS EN LA PARED, por Daniel de la Vega	\$ 2.20

COLECCION EPISODIOS NACIONALES

por Liborio Brieba

LOS TALAVERAS	\$ 3.00
LA SAN BARTOLOME DE LOS PATRIOTAS	\$ 3.00
EL CAPITAN SAN BRUNO	\$ 3.00
LAS PRISIONES DE JUAN FERNANDEZ..	\$ 3.00
MANUEL RODRIGUEZ	\$ 3.00
LOS FAVORITOS DE MARCÓ DEL PONT..	\$ 3.00
LOS GUERRILLEROS INSURGENTES..	\$ 3.00
CHACABUCO Y LA LIBERTAD DE CHILE	\$ 3.00

COLECCION OFRENDA

Ofrecemos como una primicia a nuestro público esta bella colección, en la que iremos publicando ejemplares numerados del 1 al 100, de las más escogidas obras que imprimamos. Hecha con el más fino papel y con una presentación esmerada, las personas cultas podrán ir enriqueciendo sus bibliotecas con la adquisición de estas preciosas joyas bibliográficas.

Los volúmenes publicados en la Colección Ofrenda, se prestan admirablemente para ser ofrecidos como un obsequio delicado y elegante.

He aquí algunos de los libros incluidos en ella:

CONFESIONES DE ENRIQUE SAMANIEGO, por Fernando Santiván	\$ 14.00
EL CORAZON DE LA REINA HORTENSIA, por Henri Bordeaux	\$ 18.00
EL JARDINERO, por Rabindranath Tagore	\$ 7.00

VARIOS

EL PROBLEMA DEL PETROLEO, por Romilio Gutiérrez Armas	\$ 10.00
ANTE EL DIVORCIO, por Lucía Pincheira	\$ 4.00
GRAMATICA ALEMANA, por el Prof. Dr. Richard Westermann	\$ 12.00

TODOS ESTOS LIBROS ESTAN EN VENTA EN TODAS LAS
LIBRERIAS, TODOS LOS PUESTOS DE DIARIOS DE
CHILE, Y EN LA

EDITORIAL ERCILLA

MONJITAS 454 Santiago de Chile CASILLA 2787
Sucursales: VALPARAISO: Esmeralda 1125; CONCEPCION
Barros Arana 435, MAGALLANES: Borles 627

Los pedidos de provincias se despachan el mismo día que llegan y deben venir acompañados de su valor en giro postal, letra bancaria o estampillas de correo. Todos los gastos de envío son por nuestra cuenta. No enviamos contra reembolso para evitar gastos inútiles y excesivos.